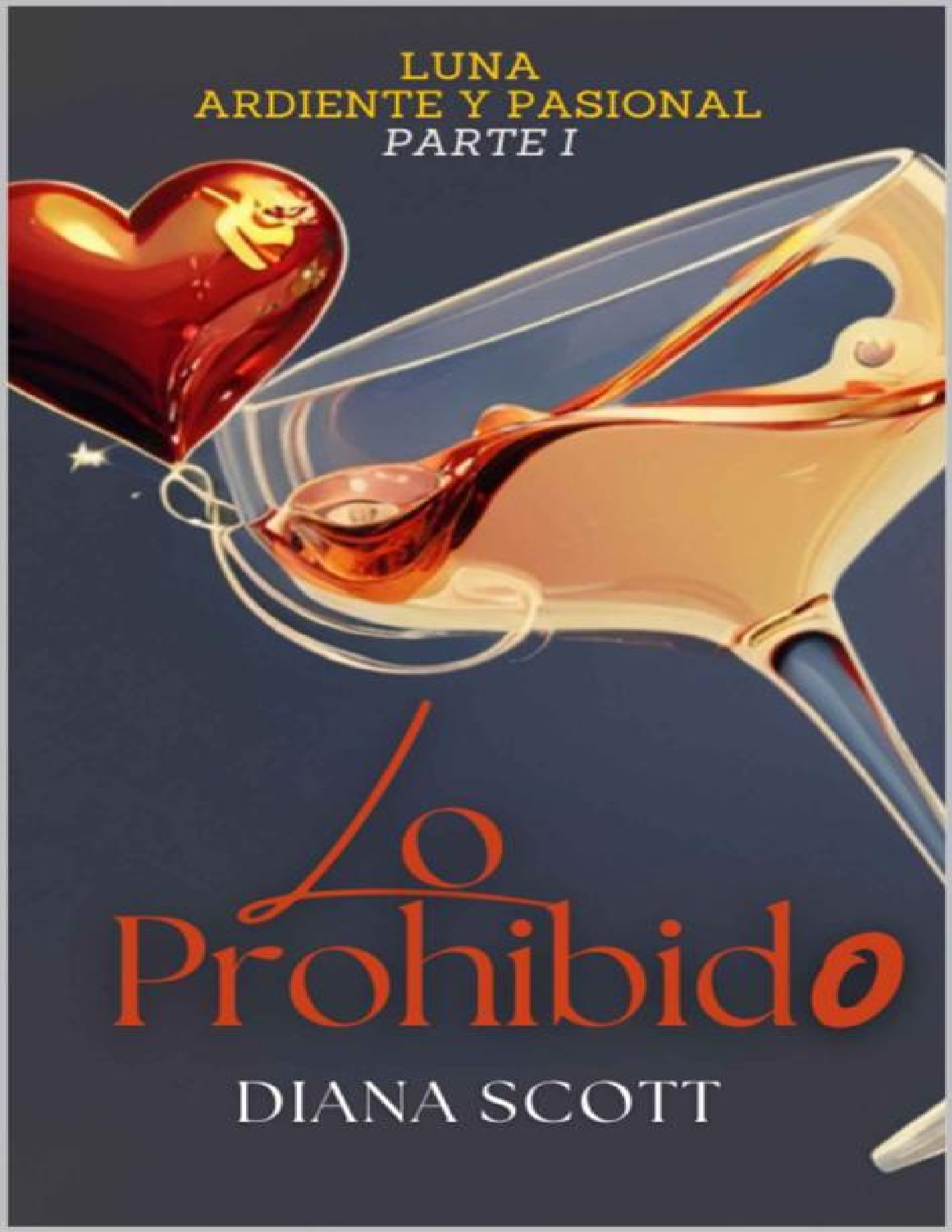
LUNA
ARDIENTE Y PASIONAL
*PARTE I*



# Lo Prohibido

DIANA SCOTT

# Lo prohibido

By

Diana Scott

2024

***Luna y sus sueños más ardientes y eróticos.***
***Pasión desenfrenada y un secreto que podría destruirlo todo.***

## Parte I

# Índice

*Soy Luna*

*Tras las puertas*

*No es él*

*Encadenad al pasado*

*Las cenizas*

*Una voz*

*Caricias*

*Sonidos del pasado*

*Próximamente...*

Queridas lectoras:

Esta historia que tienen en sus manos marca el inicio de algo especial. Para quienes me han acompañado a través de novelas largas y profundas, quiero compartirles el nuevo formato con el que estoy experimentando: una serie de relatos más breves, llenos de pasión, intensidad y ese toque de “lo prohibido” que sé que adoran.

Con este formato, he querido capturar la esencia de un romance ardiente y emocional en una lectura que pueden disfrutar de un solo tirón, perfecta para esos momentos en que buscan sumergirse en una historia y vivir emociones intensas cargadas de erotismo.

Cada entrega de esta serie es como un sorbo de una historia más amplia, una que iré revelando poco a poco, manteniendo siempre el suspenso y la emoción.

Gracias por acompañarme en esta nueva aventura. Espero que disfruten cada página de este primer volumen y que la espera haga que cada reencuentro sea tan emocionante como lo es para mí escribirla para vosotras.

Con todo mi cariño,
Diana Scott



# Soy Luna

La música vibraba en el aire, un ruido de fondo que no terminaba de aturdirme lo suficiente como para que el olvido se hiciera galleta de chocolate y que mis dientes pudieran resquebrajar en miles de trozos irrecuperables. Sonreía porque era lo esperado, reía porque debía hacerlo, saludaba porque... y yo qué sé por qué lo hacía. Simplemente lo hacía.

El reloj en Inglaterra sonaba diferente. Los segundos del día caminan sin doler. Es lo que tiene la distancia, los pasos autómatas dejan menos huellas.

Londres era mi escape, un lugar donde podía ser la mujer despreocupada, la que alzaba su copa en medio de un mar de rostros desconocidos dejando que el alcohol borrara lo que el corazón no conseguía.

Las luces eran brillantes, las risas estridentes y mis deseos... en otra parte.

Deslizo los dedos por el borde de mi copa, una rutina tan insípida como la vida que he escogido vivir. Perderme en esta farsa, en este juego de apariencias donde las conversaciones eran superficiales y los besos, efímeros, eran un teatro fácil para mí. Después de todo, era lo que llevaba años haciendo. Al menos, aquí, en Reino Unido nadie me conocía. Nadie sabía que, bajo este vestido de seda, bajo mi sonrisa ensayada, llevaba el peso de un amor endiablado que no podía soltar.

Una parte de mí se reía de la ironía. Había dejado mi hogar buscando libertad, pero en lugar de encontrarla, me había encerrado en una jaula de cristal. Mi vida era un desfile interminable de fiestas y brindis, de hombres que susurraban palabras vacías en mi oído hambriento de una única voz, mientras yo fingía interesarme, los deseos dormidos lloraban por ser saciados.

La música seguía latiendo en el aire, pesada, como una constante que envolvía el salón en una burbuja de ritmo y luces. Los rostros a mi alrededor flotaban, desenfocados, mientras mi mirada se posaba en una nueva copa. No sé cuántas había tomado ya, pero para que contarlas, ellas al menos conocían mi pena y la ahogaban en un mar de burbujas de cristal. En esta fiesta abarrotada, una de tantas, podía dejar de pensar, dejar de sentir. O al menos dejar morir mis sentimientos sin que nadie me preguntara.

—Luna, cariño, mira quién viene hacia ti —la voz de Marie, mi mejor amiga en Londres resonaba alegre, despreocupada, como si la vida fuese solo eso: champán y risas. Y en cierto modo, para ella lo era. Su sonrisa era siempre tan auténtica. Tan real. Su rostro demostraba exactamente lo que sentía, en cambio yo, era el ejemplo perfecto del silencio de quienes deseando gritar solo tienen fuerzas para callar.

Seguí la dirección de su mirada y vi a un grupo de chicos acercándose. Todos jóvenes, bien vestidos y con esa aura de exceso que caracterizaba a este tipo de eventos. Ellos me miraban como si fuera una presa fácil, hecho que me resulto casi cómico. Podía leer en sus ojos como se creían irresistibles, que pensaban que con unas cuantas palabras ingeniosas y una sonrisa de lado podrían tenerme a sus pies.

Uno de ellos, el más atrevido, alzó una copa hacia mí con una sonrisa ladeada. Era atractivo, supongo, pero no de la forma que me hacía estremecer. Bueno, no como él. Ninguno era como él...

—¿No te cansas de ser la más hermosa de la fiesta? —dijo el chico, acercándose lo suficiente

como para que su perfume se mezclara con el aire embriagante del alcohol. Sonaba seguro de sí mismo, demasiado seguro, como si estuviera acostumbrado a que las mujeres cayeran rendidas a sus pies.

Le devolví una sonrisa que no alcanzaba mis ojos. Todo en mí era una máscara bien calculada. Mi lengua podía moverse de forma rápida y encantadora, pero mi mente y mi corazón estaban a kilómetros de distancia.

—¿No te cansas de usar las mismas frases? —respondí sin apartar la vista de mi copa, jugueteando con ella entre mis dedos.

El grupo rio, encantados de que el comentario ingenioso se hubiera dirigido hacia uno de los suyos, pero él no se inmutó. Al contrario, parecía más interesado aún. Su mano rozó mi brazo mientras se inclinaba un poco más cerca.

—Quizás deberías darme la oportunidad de impresionarte con algo más que palabras —susurró como si compartiéramos un secreto.

Entonces, realmente lo miré. Y durante un breve instante, algo en mí quiso responder a esa provocación, dejarme llevar, sentir algo, lo que fuera, que me hiciera olvidar. Pero ese impulso fue efímero, desapareció tan rápido como había llegado. Sabía que, al final, ninguna de esas interacciones me llevaría a donde realmente quería estar. "Donde no puedo estar", pensé con amargura.

—Me temo que soy difícil de impresionar —le respondí levantando la copa hacia él como si fuera un brindis para luego vaciarla en mi garganta—. Pero buena suerte con el resto.

Le di la espalda antes de que pudiera decir algo más. Sentí la mano de Marie en mi brazo tirando de mí hacia otro rincón del salón.

—Venga, no seas tan dura—rio tomándome de la mano—. Son inofensivos, no necesitas matarlos con la palabra. Al menos, no con ese tipo de movimiento de lengua —dijo sacándome la suya y divirtiéndose con mi mirada de pocos amigos.

—Eso es lo que pasa, son demasiado inofensivos —murmuré casi irónica.

Nada de lo que había en el lugar podía afectarme realmente.

Marie me miró de reojo, pero no dijo nada. Ella sabía que había algo más detrás de mis palabras, aunque nunca lo mencionaba. Nuestra amistad se basaba en un acuerdo tácito: ella no preguntaba y yo no tenía que explicarle por qué a veces, en medio de una fiesta, me quedaba mirando al vacío, perdida en pensamientos que no compartía con nadie.

Nos unimos a otro grupo, la conversación se mezclaba con el sonido de las copas al chocar. El brillo de las luces y las carcajadas resonaban por todo el salón. Estaba rodeada de personas, pero me sentía tan sola como siempre.

—¿Te das cuenta de que no has dejado de beber desde que llegamos? —Marie arqueó una ceja mientras yo tomaba otro sorbo.

—Es una fiesta, ¿no? —respondí con una sonrisa perezosa—. Es lo que se supone que debemos hacer.

Ella rodó los ojos, pero no insistió. Sabía que era inútil. Yo estaba físicamente, pero mi mente estaba en otro lugar. Se encontraba en el pasado, en un lugar que había dejado hacía demasiado tiempo. Lejos de aquí. Lejos de él...

Habían pasado años, pero el tiempo no había suavizado los bordes de esos recuerdos. Todo lo

que nunca dije. Todo lo que nunca hice. Todo se encontraba amordazado en unos sentimientos agolpados en palabras silenciosas.

—Hey, Luna, ¿sigues aquí? —la voz de uno de los chicos del grupo me devolvió al presente, a la fiesta, a la copa vacía en mi mano. Me forcé a sonreír.

—Claro, estoy aquí —dije, pero la verdad era que no lo estaba. No lo había estado realmente en mucho tiempo. No desde que no veía ni su rostro ni su sonrisa...

Y no importaba cuántas fiestas asistiera, cuántas copas bebiera o cuántos hombres me sonrieran de esa manera seductora. Nada iba a llenar el vacío que sentía desde que me alejé de él.

Marie se inclinó hacia mí, sus labios rojos y perfectos curvándose en una sonrisa divertida.

—Vamos, Luna, no puedes seguir viviendo con esa cara larga —bromeó, dándome un suave empujón—. Míralo de esta manera: estás en Londres, rodeada de gente guapa, con una vida que muchas matarían por tener. Relájate y disfruta.

—Eso es lo que hago —le respondí, levantando mi copa hacia ella antes de tomar otro trago. Disfrutar.

Pero ambas sabíamos que era una mentira. No estaba disfrutando, solo sobreviviendo.

Y cuando la fiesta terminara y las luces se apagaran, seguiría estando sola. Y sin él.

El salón parecía haber cobrado vida propia. La música golpeaba cada rincón, y las luces parpadeaban sobre las cabezas de los invitados como si compitieran con el brillo de las copas en sus manos. Por un momento, permití que el ruido me envolviera, que me arrastrara a ese torbellino de risas y voces que no importaban.

Alguien me pasó otra copa, y la acepté sin preguntar. Marie se había perdido entre la multitud, y yo quedé sola en medio del bullicio. Era casi una metáfora perfecta de mi vida. Rodeada de gente, pero absolutamente sola. Cuerpos humanos en formas de bultos pensantes cargados de intereses que no me importaban en lo más mínimo.

—Hey, ¿quieres bailar? —una voz masculina rompió mi breve momento de introspección.

Era otro chico, este con una mirada más ansiosa que el anterior, con esa urgencia juvenil que se detectaba desde lejos. Quería impresionar, y esperaba que yo fuera su forma de hacerlo. Le sonreí, más por inercia que por genuino interés.

—Hoy no —le dije suavemente como si estuviera declinando una oferta para algo trivial, como un café o una conversación sin importancia.

Él pareció sorprendido, pero se recuperó rápido. No estaba acostumbrado al rechazo, y me imaginé que su vida había sido una constante aprobación de parte de las mujeres. De alguna manera, me sentí casi... culpable por no seguir el guion que él probablemente esperaba. Pero no lo suficiente como para cambiar de opinión. No dejaba de ser uno más del montón.

—Tú te lo pierdes —respondió antes de desaparecer entre la multitud.

—Vete a paseo —murmuré contra la copa.

Tomé otro sorbo y dejé que el alcohol quemara un poco al bajar, como si pudiera arrastrar con él las emociones que intentaba ignorar. Vacía, era la única palabra que describía cómo me sentía. Y lo peor era que yo misma había escogido ese vacío. Había huido de mi casa y de mi destino. ¿Pero para qué se quiere encontrar un destino que no se puede poseer?

—Luna, querida, tienes que dejarte llevar —la voz de Marie apareció nuevamente a mi lado,

como si supiera exactamente cuándo estaba perdiéndome en mis pensamientos. Su risa era ligera, pero sus ojos astutos. Me conocía mejor de lo que me gustaba admitir.

—¿Dejarme llevar? —repetí, tomando otro trago—. Lo intento, créeme. No es mi culpa.

—Ah, ¿no? ¿Y entonces de quién?

—De ellos, por supuesto.

Marie me miró fijamente por un momento, con esa mezcla de afecto y curiosidad que siempre me inquietaba. Mi supuesta broma no le causa ninguna risa. Y eso era raro pues ella la llegaba tatuada en el rostro. Su buen humor era de esos que se elevaba tanto hasta el punto de llegar a serme algo irritante. ¿Qué por qué la soportaba? Por que era mi amiga. Y porque estaba sola. Muy sola.

Marie me miró con esa vista de lince que penetraba las tres capas de crema hidratante del día y alcanzaba las fibras más internas de mi ser. Ella sabía que algo estaba mal, aunque nunca me lo decía directamente. Y, por supuesto, yo nunca lo admitía. Había hecho un pacto conmigo misma al dejar el pueblo: no volver a pensar en ello, no hablar de ello. Borrar esos sentimientos y seguir adelante. Pero ¿cómo seguir adelante cuando esos sentimientos seguían acechándome?

—Vamos, ven conmigo —Marie me tomó de la mano antes de que pudiera protestar y me arrastró hacia la pista de baile.

La pista estaba llena, cuerpos moviéndose al unísono bajo las luces, como si el mundo se hubiera reducido a este espacio estrecho y sudoroso. Por un instante, dejé que el ritmo me guiara, mis movimientos automáticos, pero no podía evitar sentirme desconectada. Era como si mi cuerpo estuviera presente, pero mi mente estuviera en otro lugar, un lugar que no me permitía olvidar.

—¡Vamos, Luna! —gritó Marie, riendo mientras me daba vueltas. Parecía tan feliz, tan libre. La envidiaba, porque lo que ella veía como una diversión pasajera, para mí era una prisión invisible.

Y entonces lo sentí de nuevo. El peso de su ausencia, su nombre, su rostro... Sebastián, siempre en mi mente, aunque tratara de evitarlo. Desde el momento en que me fui, cada paso, cada decisión había estado impregnada por su presencia fantasmal. Me marché por él, para alejarme de él y para seguir pensando en... él.

De repente, un mareo me invadió, y me detuve en seco, cerrando los ojos mientras intentaba que el mundo dejara de girar tan rápido.

—Luna, ¿estás bien? —preguntó Marie, acercándose más.

—Solo... demasiado vino —respondí, dándole una sonrisa tranquilizadora. No era solo el vino, era todo. El salón, la gente, la presión de mantener una fachada de alguien que no era.

¡Aire!

Me aparté de Marie con una disculpa rápida y me dirigí hacia una de las grandes ventanas del salón. Las puertas de cristal se abrían hacia una terraza. El aire frío de la noche golpeó mi piel, brindándome una bocanada de alivio. Afuera, el bullicio de la fiesta se convertía en un eco lejano. La humedad primaveral de Londres penetró por mi nariz tranquilizándome. Como si el polen me dijera que estaba lejos. Que ya no volvería. Que debía olvidar...

Habían pasado años, pero no importaba. El tiempo no había sanado nada, solo lo había cubierto con una capa de indiferencia que, cada vez que se rascaba un poco, revelaba la misma herida.

Sebastián. Su nombre cruzó mi mente como un susurro, como un recordatorio cruel de lo que había dejado atrás. Desde el día en que me fui, nunca había dejado de pensar en él. Y, sin

embargo, no había vuelto.

No podía volver.

Ni siquiera sabía si él había sentido lo mismo. Durante esos años, cada interacción entre nosotros había estado cargada de tensión, pero nunca había habido palabras. Nunca nos habíamos permitido cruzar esa línea. Y cuando decidí irme, él solo dijo: adiós.

—Estás pensando en él otra vez, ¿verdad?

La voz de Marie me sorprendió. Ella se había acercado en silencio, y ahora estaba a mi lado, mirándome con una expresión comprensiva. No hacía falta que dijera a quién me refería.

—¿De quién hablas? —pregunté, en un intento torpe de fingir que no sabía a qué se refería.

—Luna, por favor. Te conozco mejor que eso. —Marie suspiró y se apoyó en la barandilla a mi lado—. Siempre lo haces. Cada vez que te pierdes, sé que estás pensando en él.

—Eso no tiene sentido —insistí, aunque sabía que ella tenía razón.

Marie no dijo nada, pero la forma en que me miraba decía suficiente. No podías escapar de ti misma, no importa cuántas copas tomes o cuántas fiestas asistas.

—Tienes que hacer algo al respecto. —dijo al fin, con suavidad—. O lo dejas atrás de verdad, o vas a tener que enfrentarlo. Pero esta vida a medias no puede durar para siempre.

Quería protestar, quería decirle que estaba bien, que esta era la vida que había escogido y que la disfrutaba, pero no lo hice. Sabía que ella tenía razón, aunque no estaba lista para admitirlo.

—Vamos, volvamos dentro. —Le devolví la copa vacía que aún sostenía y, antes de que pudiera responder, entré nuevamente al bullicio de la fiesta. El ruido, las luces, todo se sentía como una bofetada. Pero al menos, allí dentro, podía perderme de nuevo. Por unas horas más, al menos.

La música seguía bombardeando mis oídos, pero en ese instante no podía concentrarme en nada más que en las palabras de Marie. Tenía razón, lo sabía. No podía seguir viviendo con ese peso, ese vacío que me acompañaba a todas partes. No importaba cuántas fiestas, cuántas copas, cuántas caras desconocidas llenaran mi vida. Nada podía borrar la imagen de él, de Sebastián, de sus ojos grises que me observaban desde el otro lado de mi memoria.

—¿Qué tal si lo dejas atrás de una vez? —Marie soltó la frase como si fuera algo sencillo, como si el nombre de Sebastián no pesara toneladas en mi pecho.

—No es tan fácil, Marie —respondí con un suspiro, tomando un sorbo más largo de mi copa, deseando que el alcohol fuera capaz de hacer más de lo que realmente hacía—. Nada de esto lo es.

—Claro que no es fácil, pero por eso te traje aquí. —Marie sonrió, como quien está a punto de revelarte un secreto y sabe que va a cambiar tu vida—. Tengo un plan para ti esta noche.

—¿Un plan? —la miré con escepticismo. Cuando Marie tenía un "plan", eso generalmente significaba problemas. Pero en ese momento, me sentía demasiado agotada para resistir cualquier cosa que ella tuviera en mente.

Marie me tomó de la mano, tirando de mí a través del mar de gente y risas hasta un rincón más oscuro del salón. Me apartó hacia una puerta lateral, una que no había notado antes. Allí había un pequeño grupo, menos personas, pero una vibra completamente diferente. Las risas eran más bajas, los susurros más cercanos, las miradas más cargadas de intenciones.

—¿A dónde me llevas? —pregunté, entre divertida y desconcertada.

—A un lugar donde puedas... relajarte de verdad —dijo Marie, sonriendo con malicia mientras empujaba la puerta.

# Tras las puertas

Detrás había una pequeña sala privada, iluminada solo por la tenue luz de velas y lámparas de mesa. La atmósfera era completamente diferente de la estridencia del salón principal. Aquí, las conversaciones eran suaves, las miradas intensas. Un par de sofás de terciopelo rojo ocupaban el centro de la sala, y un grupo de personas hablaba tranquilamente, sosteniendo copas de cristal mientras las sombras de la luz jugaban en sus rostros.

—Marie, ¿qué es esto? —le susurré, sintiendo que habíamos cruzado un umbral invisible hacia algo mucho más íntimo.

Yo conocía las libertades sexuales de las que Marie era partícipe. Yo nunca quise involucrarme, quizá, tal vez, tal vez para no reconocer que un par de relaciones sexuales a medias, eran toda mi experiencia carnal. Mis mayores fantasías, eran solo eso, fantasías en mi cabeza, con mucho de pasión y con los mismos ojos grises como protagonista.

—Esto, querida, es la verdadera fiesta —respondió ella con una sonrisa pícara, mientras se acercaba a la barra improvisada que estaba en una esquina—. Este es el lugar donde la gente viene a olvidarse de todo lo que pesa sobre sus hombros. Y, cariño, tú tienes un peso que llevas arrastrando demasiado tiempo.

Me ofreció una copa que un camarero había preparado rápidamente, y la acepté, aunque mi mente ya no estaba completamente en la bebida.

—Yo no creo que pueda...

—Eso ya es un progreso. Hace meses me hubieras matado de tan solo insinuarlo. Cariño, eres joven y preciosa, es hora de que la carne borre los sueños.

Algo en esta sala me inquietaba y me atraía a la vez. Era como si hubiera entrado en una dimensión paralela donde el tiempo pasaba más lento, donde las reglas eran diferentes. Las miradas de las personas aquí no eran como las del salón principal. Eran más profundas, más calculadas, como si cada gesto y cada palabra tuvieran un doble significado.

—Relájate, Luna —Marie se sentó en uno de los sofás cruzando las piernas con una elegancia que contrastaba con su actitud descarada—. Este es el lugar perfecto para dejar de pensar en él. En serio, si sigues aferrándote a esa historia con...

—Marie ¡no! —intenté detenerla, pero ella levantó una mano, silenciándome con un gesto.

—No, en serio, escucha —continuó, su mirada más intensa que antes—. Eres joven, rica y libre. Y estás desperdiciando tu vida atada a un fantasma.

Quise chillar, reclamar molesta a su insulto, pero me callé. Ella tenía razón, y las verdades son difíciles de tragar.

—Lo sé, pero... no es tan simple. —dije al fin, mordiéndome el labio. Sebastián no es cualquier persona. No es un amor cualquiera. Es...

—Es alguien que no puedes tener —interrumpió Marie, mirándome fijamente—. Y esa es la parte que te está destrozando.

Me hundí en el sofá mirando el líquido ámbar de mi copa mientras pensaba en sus palabras. Marie siempre había sido más directa que yo, más abierta con sus deseos y emociones. Quizás por eso siempre había sentido una especie de fascinación y envidia por su forma de vivir la vida.

Mientras yo me escondía detrás de mis muros, Marie derribaba los suyos sin pensar en la opinión de los demás. Ella solo vivía. Yo solo respiraba.

—Así que... ¿cuál es tu brillante plan? —pregunté levantando la mirada para encontrarme con la suya.

Marie sonrió de nuevo, pero esta vez su sonrisa era más suave, más comprensiva.

—Tengo un candidato perfecto para ti —respondió, señalando con la cabeza hacia un grupo de personas en la otra esquina de la sala—. ¿Lo ves?

Seguí su mirada y, por un segundo, mi corazón se detuvo. Uno de los hombres del grupo era alto, de cabello oscuro y ojos intensamente grises. Por un momento, juré que era él. Que era Sebastián.

Mi corazón comenzó a latir rápidamente, una mezcla de sorpresa y confusión me invadió. Pero cuando volví a mirarlo, vi que no era él. Era solo un hombre que se parecía a él. Mucho, demasiado, pero no era Sebastián.

—¿Lo ves? —repitió Marie—. No es él, pero podría serlo. Podría ser lo que necesitas esta noche, un recordatorio de que hay más hombres en el mundo, más oportunidades. Y que puedes tener lo que quieras, Luna.

Me mordí el labio, mis pensamientos corriendo demasiado rápido. Marie lo hacía sonar tan fácil. Como si este hombre, este desconocido, pudiera reemplazar años de sentimientos reprimidos y deseos no expresados.

—No lo sé... —murmuré, sintiendo cómo las emociones se arremolinaban dentro de mí.

—Vamos, querida —Marie se inclinó hacia adelante, con una chispa traviesa en los ojos—. No tienes que casarte con él, solo... disfrutar de la noche. ¿Qué tan malo sería? Mira a su alrededor, todos aquí están haciendo lo mismo. Disfrutando de la vida sin complicaciones. ¿Por qué tú no puedes?

Sus palabras eran tentadoras, como una invitación a dejar atrás todo lo que me pesaba. La idea de simplemente sentir algo más que vacío por una noche parecía casi atractiva. Pero había algo dentro de mí que aún se resistía.

—Tal vez... tal vez solo debería olvidarme de todo esto. —dije finalmente, mi voz apenas un susurro. Tal vez es hora de dejar atrás a Sebastián.

Marie sonrió, triunfante.

—Eso es lo que quería escuchar —dijo, levantando su copa hacia mí—. Esta noche, Luna, es el comienzo de algo nuevo. Vamos, deja que la vida te sorprenda.

La figura alta y de cabello oscuro se movía entre las sombras con una fluidez que me resultaba casi hipnótica. Desde mi lugar podía notar cómo su risa grave resonaba suavemente entre el grupo, pero no era estridente como las demás. Había algo en él que me desconcertaba. Algo más allá del simple parecido con Sebastián. Era esa manera en que se movía, segura, pero sin pretensión, como si estuviera perfectamente cómodo en este mundo tan ajeno y en el que yo me sentía tan fuera de lugar.

—Míralo bien —susurró Marie a mi lado, su voz baja y traviesa—. ¿No te recuerda a alguien?

Claro que me lo recordaba, pensé mientras bajaba la mirada hacia mi copa, girando el líquido entre mis manos. Cada gesto, cada mirada de ese hombre me devolvía a recuerdos que había intentado enterrar. Pero lo que me asustaba no era su parecido físico, sino la atracción visceral

que me producía. Ese tirón profundo, familiar y prohibido que no podía permitirme sentir.

Es solo por esta noche, Luna —continuó Marie, y sentí su mano en mi brazo—. No tienes que pensar demasiado en esto. Solo... deja que pase.

Cerré los ojos por un momento respirando profundamente. Quería liberarme de todo, de esta sensación de carga constante, de esa tensión que me consumía desde que había dejado el pueblo, desde que lo había dejado a él.

# No es él

Cuando volví a abrir los ojos, el hombre ya no estaba con su grupo. Estaba caminando hacia mí. Mi corazón se detuvo por un segundo, y me pregunté si había notado que lo miraba, si había sentido la intensidad de mi mirada a través del salón.

—Bueno, parece que no tienes elección —dijo Marie con una risa contenida mientras se levantaba con suavidad del sofá—. Te lo dejo a ti, cariño. Es todo tuyo.

Antes de que pudiera protestar o detenerla, Marie se desvaneció entre la multitud dejándome completamente sola en ese rincón oscuro, en medio de una atmósfera que comenzaba a parecer más íntima de lo que podía manejar.

Él se detuvo frente a mí. Llevaba una camisa blanca, desabrochada en el cuello, y un traje negro, perfectamente ajustado a su cuerpo. Sus ojos grises—exactamente del mismo tono que los de Sebastián—me atraparon al instante. Su edad era casi la misma de Sebastián, tal vez un par de años menos, su cabello era el mismo que el de Sebastián, sus labios igual de carnosos. Su estatura imponente y erguida. Casi era... Sebastián.

—¿Te molesta si me siento? —preguntó, su voz baja, con ese acento que parecía vibrar en el aire. Inglés de pura cepa.

—No, claro que no —respondí con rapidez, haciendo un gesto hacia el lugar vacío a mi lado.

Se sentó despacio, con una confianza silenciosa que me puso nerviosa y, al mismo tiempo, me atrajo más. Sentí su cercanía, el leve roce de su brazo contra el mío cuando se acomodó. Podía oler su colonia, madera y ¿canela? Ummm, olí de forma disimulada el aire cálido que nos rodeaba. No pude evitar notar cuán diferente era de los demás hombres que había conocido últimamente.

—No te he visto aquí antes —dijo, su voz como un murmullo en la penumbra—. ¿Vienes a menudo a este tipo de fiestas?

Me mordí el labio, sintiéndome un poco fuera de lugar, pero intentando mantener el control de la situación.

—No realmente —dije, con una risa nerviosa—. Creo que me arrastraron aquí.

Contesté sin saber muy bien a que se referiría con: ¿este tipo de fiestas? Aunque conociendo a Marie debí imaginarlo desde el principio.

Él sonrió, y esa sonrisa... por un segundo, fue como ver a Sebastián mirándome desde esos ojos tan familiares.

—Ya veo —respondió, apoyándose un poco hacia atrás, como si me estuviera evaluando—. Yo tampoco soy un habitual de estas fiestas, pero... esta noche parecía la excusa perfecta para escapar.

Escapar. Esa palabra resonó en mí como si hubiera estado escrita en mi piel. ¿Cuántos años llevaba yo escapando de todo?

—¿De qué estás escapando? —pregunté, intrigada de repente por lo que podría haber detrás de esa calma exterior. Sus ojos, a pesar de ser claros y cautivadores, también tenían un aire de melancolía, como si él, también, estuviera buscando algo que no podía encontrar en estas fiestas.

—Oh, muchas cosas —respondió, una sonrisa jugando en sus labios, aunque sus ojos no la acompañaban—. Pero no vine a hablar de mí. Cuéntame de ti...

Su mirada se mantuvo fija en la mía, y de pronto me sentí expuesta, como si él pudiera leer cada uno de mis pensamientos, incluso los que había intentado enterrar. Sentí una punzada en el pecho, esa mezcla de dolor y deseo que me recordaba todo lo que había dejado atrás.

—No creo que quieras saber de mí —murmuré, desviando la mirada hacia mi copa—. Mi vida es... complicada.

—Las mejores historias suelen serlo —respondió él, con una leve inclinación de cabeza—. Tal vez deberíamos brindar por las vidas complicadas.

Sus palabras me hicieron sonreír, aunque fuera apenas un poco. Levanté mi copa, sintiéndome un poco más ligera por primera vez en lo que parecía ser una eternidad.

—Por las vidas complicadas, entonces —dije, chocando suavemente mi copa contra la suya.

Tomé un sorbo, pero incluso mientras el alcohol quemaba suavemente mi garganta, mi mente estaba en otro lugar. Él no era Sebastián, pero algo en su presencia hacía que fuera fácil olvidar, aunque solo fuera por un momento, a todo lo que había dejado atrás.

—¿Qué te trajo aquí, entonces? —preguntó él, girándose un poco más hacia mí—. Dices que te arrastraron, pero debe haber algo que estés buscando en medio de todo esto.

Su pregunta me tomó por sorpresa, pero antes de que pudiera contestar, él añadió suavemente:

—O alguien.

Mis ojos se abrieron un poco más, y sentí como si me hubieran descubierto. ¿Sabía él? ¿Había notado algo? Era imposible que este hombre, este desconocido, supiera lo que yo cargaba dentro de mí. Y, sin embargo, la intensidad de su mirada me hizo sentir que podía ver más de lo que yo quería mostrar.

—No estoy buscando a nadie —mentí, sabiendo que la mentira apenas si se sostenía en mis labios.

Él sonrió, pero esta vez la sonrisa no llegó a sus ojos.

—Eso es lo que todos decimos —dijo, antes de tomar otro sorbo de su copa—. Hasta que encontramos lo que no deseamos perder.

Su comentario me dejó en silencio por un momento sumida en mis pensamientos. Quizás tenía razón. Quizás, aunque no quisiera admitirlo, había venido aquí buscando algo. O alguien.

—¿Y tú? —pregunté, intentando cambiar de tema—. ¿Qué estás buscando?

—Lo mismo que tú, supongo —respondió, sus palabras suaves pero cargadas de significado—. Olvidar, o tal vez, encontrar.

Su respuesta me dejó una sensación de vacío. Él, al igual que yo, estaba perdido. Tal vez, en ese momento, éramos dos almas que buscaban un refugio temporal en una noche que prometía ser tan efímera como el calor de una copa de alcohol.

—¿Por qué no me lo dices tú? —preguntó él suavemente, su mirada fija en la mía.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, más rápido de lo que habría querido admitir. Estaba demasiado cerca, y esa cercanía era desconcertante, pero no desagradable. Había algo en él que me atraía como un imán. No era su parecido físico con Sebastián lo que me mantenía en ese lugar, sino esa desconexión emocional, ese vacío que veía reflejado en sus ojos.

—Me llamo Luna.

—Me llamo Gabriel —contestó golpeando su copa con el cristal de la mía.

—Dime Luna, entonces, ¿qué esperas de esta noche? —insistió, inclinándose un poco hacia mí, sus ojos buscando los míos, desnudándome sin siquiera tocarme.

Sentí el calor en mis mejillas, y aunque quería apartar la mirada, no podía. Había algo en su intensidad que me mantenía atrapada. Él no era como mi primer novio, ese con el que perdí la virginidad a los quince y del que solo recordaba besos apurados y ropa mal cerrada. Tampoco se parecía a los idiotas compañeros de la uni queriendo parecer más de lo que realmente eran. Él era un hombre. De los pies a la cabeza, un hombre.

—No espero nada —mentí, mordiendo suavemente mi labio inferior.

—Eso es una lástima. Yo sí esperaba que tú esperaras algo.

Sus palabras, su tono, el roce apenas perceptible de su brazo contra el mío mientras se inclinaba más cerca, todo conspiraba para hacer que mi respiración se acelerara. Sentí cómo mi cuerpo respondía, cómo mi piel se erizaba, no solo por el contacto, sino por esa tensión contenida en el aire.

—¿Algo como qué? —pregunté, mi voz apenas un murmullo, como si tuviera miedo de la respuesta.

Gabriel sonrió, pero era una sonrisa vacía, cargada de intenciones, pero sin promesas. Era como si supiera que en esta noche no había espacio para el amor ni para el compromiso. Solo un escape temporal.

—Algo que te haga olvidar todo lo que estás cargando —susurró, inclinándose aún más, de modo que sus labios rozaron el borde de mi oreja.

Mi piel se incendió bajo su contacto, pero lo que más me perturbaba era lo fácil que era para él adentrarse en mi burbuja personal, en esa pared que yo había construido a lo largo de los años. Era como si sus palabras estuvieran tocando lo que nadie más había tocado, hurgando en mis miedos y deseos más profundos.

—Tal vez lo que necesito es recordar —respondí, sorprendiéndome a mí misma con esa confesión.

Gabriel me miró con una intensidad renovada, sus ojos claros parecían oscurecerse bajo la luz tenue de la sala.

—Entonces, esta noche... —susurró, con los labios tan cerca que podía sentir su aliento cálido en mi mejilla—. ¿Qué eliges, Luna? ¿Recordar u olvidar?

Mis pensamientos estaban hechos un caos, y por un segundo quise retroceder, decirle que no quería nada de esto, que no era lo que buscaba. Pero algo en mí ya había tomado una decisión. Esta noche no había espacio para las dudas. Esta noche, solo quería ser alguien más. Quería su calor. Necesitaba las caricias de un amor... aunque tan solo fuera fingido.

—Olvidar —susurré, finalmente, dejándome llevar por el deseo.

Sus ojos captaron mi respuesta antes de que mis labios la pronunciaran, y con un movimiento suave, pero decidido, se acercó aún más. Sus labios tocaron los míos con una mezcla de urgencia y control, como si supiera exactamente lo que estaba haciendo, pero al mismo tiempo, como si estuviera probando mi resistencia. No la encontró.

Me entregué a ese beso. Al principio fue suave, pero pronto se volvió más exigente, más

profundo, como si Gabriel intentara extraer de mí todo aquello que yo misma no sabía que guardaba. Mi respiración se volvió más rápida, y por un segundo sentí que el mundo se desvanecía, que solo existíamos él y yo en un momento cargado de deseo.

Mis manos encontraron su camisa, los dedos temblorosos rozando el algodón, sintiendo el calor de su piel a través de la tela. Era diferente a cualquier cosa que hubiera experimentado antes, pero lo más desconcertante era que, de algún modo, también me resultaba familiar. No era él a quien besaba en mi mente, sino a Sebastián. Cerré los ojos disfrutando de lo que tenía y de lo que imaginaba.

Gabriel se apartó apenas lo suficiente para susurrar cerca de mis labios, sin romper el contacto visual.

—Entonces ven conmigo.

# Encadenada al pasado

No fue una petición. Era una orden envuelta en una promesa.

Mi corazón martilleaba con fuerza, y por un segundo, sentí que no podía moverme, que estaba paralizada por el deseo y el miedo. Esto no estaba bien, lo sabía, pero al mismo tiempo, nada se había sentido tan correcto en mucho tiempo.

Gabriel extendió su mano hacia mí, sus dedos esperando a que yo tomara la decisión final. Y, sin pensar demasiado, la tomé.

Me levanté del sofá siguiendo su figura esbelta y segura a través de la multitud. El aire se sentía denso, cargado de algo más que la música y las risas. El latido en mis oídos se sincronizaba con mis pasos, y con cada paso que daba, sentía que estaba dejando atrás algo más de mí misma. Algo que tal vez nunca recuperaría.

Me llevó por un pasillo oscuro, lejos del bullicio de la fiesta principal. El eco de nuestros pasos resonaba en el silencio, y en ese momento, sentí una mezcla de expectación y miedo. Pero no retrocedí.

—Aquí estaremos solos —murmuró Gabriel cuando llegamos a una puerta al final del pasillo. La casa, un antiguo castillo inglés, era un mar de puertas y pasillos.

Abrió la tercera y me guio hacia el interior. Era una habitación pequeña, apenas iluminada por una lámpara de mesa que proyectaba sombras suaves en las paredes. El ambiente era íntimo, cerrado, como si el mundo exterior ya no existiera.

—¿Estás segura? —preguntó suavemente, sus ojos clavados en los míos, pero no había duda en su voz, solo una confirmación de lo que ambos sabíamos que estaba a punto de pasar.

No respondí con palabras. Simplemente me acerqué a él, llevando mis manos a su rostro, sintiendo su barba de pocos días raspar mis dedos, y lo besé. Este beso era diferente al anterior. No había titubeo. Estaba lista.

Gabriel me sujetó por la cintura, presionando su cuerpo contra el mío mientras nuestras respiraciones se mezclaban en el aire cálido de la habitación. Mis manos bajaron por su pecho, sintiendo la firmeza de sus músculos bajo la tela de la camisa. Era un extraño, pero en ese momento, no importaba.

Sentí cómo mi cuerpo comenzaba a rendirse, mis piernas temblando ligeramente bajo el peso de lo que estaba ocurriendo. Mi corazón estaba acelerado, pero mis pensamientos estaban en paz. Por primera vez en años, me permití sentir algo diferente. Algo que no estuviera ligado a la culpa, al deseo prohibido, a la añoranza por lo imposible.

Gabriel me tomó de la mano y me guio hacia la cama, sus movimientos fluidos, seguros, pero sin prisas. Él sabía lo que estaba haciendo, y yo lo sabía también.

El mundo se redujo a ese cuarto y a los latidos de mi corazón, tan fuertes que creía que Gabriel podía oírlos. Mis pensamientos eran confusos, un revoltijo de sensaciones que no podía desentrañar. Quería que todo terminara, pero al mismo tiempo, no quería que nada cambiara.

Gabriel se sentó en el borde de la cama, su mirada fija en mí mientras me observaba de pie frente a él, como si estuviera esperando mi próxima acción, mi próximo movimiento. Yo sabía lo que él esperaba. Sabía lo que yo también había decidido, en algún punto de esa larga noche de evasión.

—No tienes que hacer esto si no quieres —dijo suavemente, pero su voz tenía esa misma cadencia que antes, una que me empujaba a ignorar la advertencia detrás de las palabras.

Lo sabía. Pero no importaba.

Me acerqué lentamente, sintiendo el calor de su cuerpo antes de que mis rodillas rozaran las suyas. El roce de su piel bajo la ropa era un recordatorio constante de que estaba a punto de cruzar una línea, una que sabía que no tenía regreso. Pero esa línea, esa barrera invisible que me separaba de la mujer que quería ser y de la niña soñadora que había sido, era una que ya no tenía fuerzas para respetar.

—Lo sé —respondí, finalmente, mis dedos tocando suavemente su mejilla.

Gabriel levantó la mano y envolvió mis dedos con los suyos, su tacto era firme, como si quisiera asegurarse de que no me alejara. Sus ojos brillaban bajo la luz tenue de la lámpara, y en ese momento, no podía pensar en nada más que en la forma en que él me hacía sentir: deseada, aunque fuera por las razones equivocadas.

—Permite que te muestre como es el olvido—susurró levantándose de la cama con una lentitud calculada. Me rodeó con sus brazos, su cuerpo pegado al mío mientras sus labios se movían cerca de mi oído. Sentí el cosquilleo de su respiración contra mi piel y el calor que emanaba de su cercanía.

Mis rodillas temblaban, pero no era miedo lo que sentía. Era más bien una especie de liberación, un abandono de todo lo que había sido y todo lo que podría ser. Esta noche, no era la Luna que había pasado años anhelando a un hombre prohibido, ni la Luna que había construido una coraza para protegerse de ese amor. Esa noche, simplemente, era una mujer que quería olvidar.

Gabriel inclinó su cabeza y depositó un beso suave en mi cuello, lo que hizo que un escalofrío recorriera mi espalda. Mis ojos se cerraron por reflejo, dejando que mi cuerpo se entregara al momento, dejando que las sensaciones dominaran mis pensamientos.

—Relájate... déjate llevar... —susurró contra mi piel, sus manos recorriendo lentamente mi cintura, subiendo por mi espalda.

El aire en la habitación se volvió espeso, cargado de una electricidad que parecía retumbar en cada rincón. Su boca buscaba la mía de nuevo, y cuando nuestros labios se encontraron, el beso fue más intenso, más urgente. Gabriel me llevó hacia la cama, sus manos firmes pero gentiles, guiándome hasta que sentí el colchón bajo mi espalda. Mi respiración se entrecortaba, y aunque podía sentir el deseo crecer dentro de mí, algo me mantenía contenida, como si una pequeña parte de mí no quisiera soltar el control por completo.

Gabriel se detuvo un momento, sus ojos recorriéndome de pies a cabeza, como si estuviera asegurándose de que yo realmente quisiera esto. Su mano acarició mi mejilla, su pulgar trazando una línea suave hasta mi mandíbula.

—¿Estás bien? —me preguntó, su voz ahora más suave, como si, por un segundo, el hombre vacío que había visto en él se hubiera desvanecido.

Asentí. No confiaba en mi voz en ese momento, no cuando todo dentro de mí parecía gritar por respuestas que no tenía.

—Lo estoy —mentí, aunque, en ese momento, quería creer que era verdad.

Gabriel no esperó más. Se inclinó sobre mí, cubriendo mi cuerpo con el suyo. Sentí el peso de su presencia, su calor envolviéndome mientras sus labios trazaban un camino desde mi cuello hasta

mi clavícula. Mis manos se enredaron en su cabello, buscando algo a lo que aferrarme, algo que me mantuviera anclada a la realidad mientras el mundo se desmoronaba a mi alrededor.

Mis pensamientos vagaban, entre lo que estaba ocurriendo y lo que había ocurrido. Pensé en Sebastián, en cómo sus manos podrían haberme tocado de esa misma forma si las circunstancias hubieran sido diferentes, si la vida no nos hubiera separado de la manera en que lo hizo. El recuerdo de su rostro apareció brevemente en mi mente, pero lo aparté. No era él quien estaba conmigo esa noche. Y en ese momento, eso tenía que ser suficiente.

Los dedos de Gabriel trazaron líneas invisibles por mi piel, recorriendo cada centímetro con una delicadeza que contrastaba con la urgencia del momento. Sentí que mis defensas caían, una por una, hasta que no quedó nada más que la vulnerabilidad cruda de lo que estaba a punto de pasar.

Sus manos encontraron el borde de mi vestido, y lo levantó lentamente, sus dedos deslizándose por la tela con una paciencia que me hizo temblar de anticipación. Su boca regresó a la mía, y el beso que compartimos fue todo menos inocente. Había deseo, claro, pero también había una tristeza subyacente, una comprensión tácita de que lo que estábamos haciendo no era más que una escapatoria, una forma de huir del dolor que ninguno de los dos estaba dispuesto a enfrentar.

El mundo exterior desapareció por completo cuando Gabriel se inclinó sobre mí. El peso de su cuerpo, el calor de su piel, todo era un recordatorio de lo que estaba a punto de perder y ganar al mismo tiempo. Mi corazón latía con fuerza, pero mis pensamientos se volvían cada vez más difusos, perdidos en la maraña de emociones que me envolvían.

Me aferré a él, buscando consuelo en el vacío que compartíamos, en el deseo que ambos intentábamos usar como una forma de borrar lo que no podía ser olvidado. Su nombre no importaba, su historia no importaba. Solo existíamos él y yo, en ese pequeño rincón del mundo. Pero , incluso mientras me entregaba a ese momento, sabía que esto no sería suficiente. Porque no era Gabriel quien estaba en mis pensamientos. Y aunque su beso, su toque, me hacían sentir algo, no era el todo que mi corazón anhelaba. Sentí sus manos deslizarse con urgencia por mi espalda, atrayéndome más hacia él, y por un momento cerré los ojos, permitiéndome perderme en el roce de sus labios. No era el beso de Sebastián, pero Gabriel estaba aquí, tangible, real. Me recordé que esto era lo que necesitaba, lo que debía hacer. La idea de avanzar, de dejar atrás lo que nunca podría ser, resonaba con fuerza en mi mente. Era casi convincente.

Sus dedos juguetearon con el borde de mi vestido, y mi respiración se aceleró. Este era el paso que había querido dar, ¿no? Convertirme en una mujer completa, sentir algo más allá del amor imposible que me había atado durante años. ¿Por qué, entonces, mi cuerpo dudaba? El corazón palpitaba, sí, pero no con la anticipación que esperaba. Había algo tirando de mí, frenando el momento.

“Luna…” murmuró contra mi cuello, su voz era un susurro cálido que me recorrió la piel. Sentí el peso de su cuerpo acercarse más, sus manos trazando líneas de fuego sobre mi piel, pero al mismo tiempo, un abismo se abría en mi interior. Mi mente, contra mi voluntad, empezó a dibujar otra imagen. No era su rostro lo que veía en la penumbra de esa habitación. No era su voz la que escuchaba. Era la de él. Sebastián.

Abrí los ojos de golpe, pero Gabriel no lo notó. Estaba demasiado envuelto en el momento. Me obligué a volver al presente, a centrarme en el hombre que tenía frente a mí. Mi decisión había sido clara. Yo necesitaba esto, me lo repetí una y otra vez. "Olvídalo, Luna, olvídalo. Esto es lo que necesitas". Me acerqué más, como si el contacto pudiera arrancar de raíz ese recuerdo, esa sensación, ese amor que había llevado como una maldición durante tanto tiempo.

Su boca buscó la mía nuevamente, y yo respondí, pero mi corazón... mi corazón seguía siendo un traidor. Porque con cada segundo que pasaba, en lugar de apagarse, la imagen de Sebastián se hacía más fuerte, más nítida. Sus ojos, su sonrisa contenida, la forma en que me había mirado cuando pensaba que yo no lo veía. La forma en que siempre me hizo sentir.

Me sentó en su regazo y puso su mano sobre mi coño antes de que dijera nada. Lo miré aceptando sus planes.

Mientras me había sentado en su regazo me manoseaba suavemente, los tirantes de mi vestido se deslizaron por mis hombros. La voz de Gabriel susurró con voz pastosa.  Ven, déjame ayudarte con eso. Luego bajó los tirantes y la parte superior de mi vestido, dejando al descubierto mis pechos. Hasta hace poco, había sido consciente de mis pechos. Supongo que a la mayoría de las mujeres les gustaría tener pechos más grandes, al igual que la mayoría de los hombres desearían tener un pene más grande. Las reacciones que había obtenido últimamente me habían hecho sentir más segura de mi figura. Una autoestima que Sebastián y su indiferencia habían pisoteado.

Me relajé y me dejé llevar mientras me tocaba, me besaba y me pasaba lentamente la mano por mi cuerpo erizado. Me quitó la lycra por la cabeza y me dejó recostada sobre un colchón cubierto con un cobertor suave de tela costosa.

Al principio miré a mi alrededor con nerviosismo.

—Tranquila cariño… Solo estamos tú y yo.

Solos, nosotros solos, escuché mientras se quitaba lentamente la chaqueta y la apoyaba sobre una silla. Sus movimientos eran lentos y seguros mientras que su mirada me quemaba a mil grados centígrados al recorrer mi cuerpo semi desnudo.

Llevada por el deseo sonreí nerviosa. Gabriel respondió a mi sonrisa. sin pensármelo le hice señas con mi dedo índice indicándole que se acercara. Con el torso desnudo y sin zapatos caminó los dos pasos que lo separaban hasta el borde de la cama en donde se detuvo.

—Todo tuyo.

Me senté y lo ayudé a quitarse los pantalones. Fue lo primero que cayó al suelo. Sus manos acariciaban mis pechos mientras nerviosa bajaba su ropa interior al suelo.

Su polla se levantó erecta contra mi rostro. Tenía una polla muy bonita, algo diferente a las pocas que había visto. Su falta de movimientos me indicó que esperaba lo que estaba claro. Abriendo la boca pude llevármelo fácilmente a la boca. comencé con besos cortos hasta que valiente la llevé totalmente hasta mi garganta. El gemido de Gabriel intenso me envalentonó. Comencé a chupar sin descaro. Éramos dos desconocidos entregados al olvido. Lo aferré en mis dedos y su mano tirones suavemente de mi larga melena.

—Joder nena…

Empezó a maldecir y a respirar con dificultad y sus caderas empezaron a levantarse del suelo. Cuando creía que estaba totalmente en mis manos y bajo mi dominio se alejó con cierta brusquedad.

—Oh no, este es mi juego cariño —dijo antes de empujarme sobre el colchón.

Gabriel se subió y levantó mis brazos sobre mi cabeza.

—Confía en mí.

No sé porqué, pero lo hice.

Mientras sostenía mis manos sobre mi cabeza, extendió las manos y de repente mis brazos se

abrieron. Estaban atadas con dos pesadas esposas de cuero negro unidas a las esquinas de la cama con cadenas. Chillé asustada. ¿De dónde habían salido? Gabriel, reconociendo mis temores contestó rápidamente mientras su dedo índice bordeaba mi clavícula.

—Siempre están aquí, no somos los primeros que las usan. ¿Te asusto?

—No.

Dije mintiendo. Claro que temía, era la primera vez que me ataban. Y aunque guapo, Gabriel era un desconocido. Sin embargo, una parte de mí se sentía excitada más allá de mis propios límites.

—Sólo tienes que dejarte llevar… ¿Lo recuerdas? Esta noche es solo para nosotros.

Metió la mano debajo de la cama y aseguró mis piernas a las esquinas de la cama.

Su boca ardiente besaba mi cuerpo como si intentara calmar, sin saber que el calor que me quemaba iba mucho más allá del miedo. Estaba deseosa. Sus besos eran pocos, sus caricias cortas. Por allí donde nos rozábamos yo necesitaba más. Ese hombre sabía dónde y como tocar.

En ese momento estaba gimiendo. Me sentí tan impotente y sabía que él había descubierto una fantasía que jamás me había imaginado.

Luché brevemente, pero luego me relajé y me rendí cuando comenzó a acariciar mi cuerpo con sus dedos y sus labios llevándolos hacia mis braguitas. Cuando comenzó a abrirse camino hacia mi coño, lo detuve. Era estúpido, pero después de haberlo chupado entero me sentí avergonzada. Le rogué que parara cerrando los ojos, pero me ignoró. Pronto estaba lamiendo mi coño rojo, hinchado y empapado.

Él besó mi clítoris una última vez antes de subirse a mi cuerpo. Apretó su pene contra mi coño empapado. Como pude empujé de forma instintiva mis caderas hacia arriba. Reconociendo mi deseo, él deslizó su mano hacia arriba y hacia abajo por su pene mientras acariciaba mis pechos. Totalmente erecto se inclinó hacia atrás y lentamente guio su pene duro hacia mi coño. Me estremecí.

—¿Estas bien? ¿Te hago daño?

—Me encanta —dije sin pensar antes de ver la sonrisa malvada en sus labios.

—Entonces, sigamos…

Gabriel se recostó sobre mi y me besó. Ambos nos comíamos mientras Gabriel comenzó a empujar sin pausas.

Al principio, suavizó sus embestidas, pero luego se tornaron implacables. Poco a poco, sus embestidas se volvieron más duras y rápidas. Sin saber cómo, poco a poco moví mis caderas en sincronía con las de él. Empujé el coño hacia su pene mientras él se introducía sin piedad. Estábamos gimiendo rítmicamente y nuestras respiraciones se estaban volviendo más cortas. Él dejó escapar un fuerte gemido y me folló más fuerte y rápido. Mis manos se abrían y cerraban intentando escapar de las cadenas. Él dejó escapar otro fuerte gemido mientras mi cuerpo convulsionaba y lo llevaba más dentro de mí. Disminuyó la velocidad de sus embestidas. Cuando terminó, se retiró y cayó sobre mi pecho. Nos quedamos en silencio, tratando de recuperar el aliento. Pasados unos segundos Gabriel me desató y se recostó a mi lado.

El sudor se mezcló con mis pensamientos.

¿Y ahora qué? ¿Qué se hacía después de entregarse con tanto furor a un desconocido?

Los brazos de Gabriel rodearon mi cintura y me llevaron hacia su pecho. Su calor me envolvió y mi cabeza se sintió limpia y vacía como hacía tiempo no sentía. Nos cubrió con la colcha y cerré

los ojos respirando su olor a hombre y madera. Y no pensé. Después de mucho tiempo, estas horas, minutos, eran solo mías... Y no suyas...

Mientras me besaba, sus manos acariciaron mi cuerpo por completo, se bajó lentamente y besó mi cuello. Su mano había envuelto el pecho derecho mientras acercaba su boca al pecho izquierdo. Muy delicadamente sostuvo el pecho y besó el gran pezón marrón. Me fui despertando como si estuviera en el séptimo cielo. Después de haber besado toda mi suavidad, tomó el pezón en su boca y lo chupó fuerte y delicadamente. Luego cambió su boca al pecho derecho y lo besó y chupó también. Entre estas succiones, bajaba la mano hacia el coño e insertaba un dedo y me acariciaba por un tiempo.

—Sigue descansando —dijo a mi oído a la vez que separaba aún más mis piernas abiertas. Subiéndose con lentitud colocó su enorme polla sobre la boca del coño y comenzó a acariciarme.

Con la parsimonia de las tortugas insertó su polla lentamente. Me sentí completamente llena. Cuando lo tuve dentro se sentía tan bien que continué con los ojos cerrados y disfrutando del momento como si fuera un sueño de luces de colores apacibles.
Después de que la polla estuvo completamente dentro elevé mi pelvis para recibir sus embestidas mientras aferraba mi equilibrio a sus hombros.

Luego deslizó su polla dura dentro de mí desde atrás y comenzó a follarme rápido y fuerte. Solté gritos de placer mientras golpeaba mi coño. Todo mi cuerpo comenzó a convulsionar mientras seguía embistiendo y yo dejaba escapar gemidos de placer. Me corrí y mis jugos fluyeron desde mi coño, por toda su polla.

—Joder nena —dijo antes de abrir los ojos y verlo lanzar un preservativo al suelo.

Su brazo me envolvió y esta vez, él se quedó dormido, mientras yo lo miraba extasiada. ¿Era esto lo que necesitaba para olvidar a Sebastián? ¿Sería tan fácil la solución? Igual sí. Entonces tomé valor, y lo acaricié. Su gemido me dio valor.

—¿Dormido?

—Ya no. ¿Planes?

—Puede que algunos.

—Para eso estamos.

Baje lentamente por su cuerpo. Lo lamí hasta alcanzar su polla. Manteniendo el contacto visual todo el tiempo y sonriendo mientras trabajaba su camino alrededor de su órgano duro como una roca no me detuve. Quería sentirlo firme y dominado bajo mis caricias. Me sentía poderosa. Su mano recorrió mi barbilla mientras tragaba su órgano, fue allí cuando lo atraje hacia mi cuerpo, besándolo y saboreando el sabor de su polla en mi lengua mientras lo empujaba hacia adentro.

Mis manos encontraron los globos de su trasero cuando lo chupé por última vez antes de, y sin esperar, empecé a montarme sobre su cuerpo. Fue tan emocionante como lo había imaginado en mi cabeza. Sujetándolo fuerte, y sosteniendo mi cuerpo con mi brazo izquierdo, usé el derecho para acariciar su torso amplio y musculoso. Debió haber estado realmente entusiasmado porque subió sus caderas con fuerza ayudándome en conseguir mayor intensidad de penetración.

Había estado frotando mi clítoris durante varios minutos cuando mi cuerpo ya no pudo soportarlo y me estremecí. Gabriel cerró los ojos y arqueó la espalda. Un segundo después me levantó por

las caderas rápidamente antes de sacudirse salvajemente y dejando caer su semen por un lado de mi pierna.

—Lo siento —dije dejándome caer mi cuerpo a su lado. Debí ponerte —no terminé la frase. Solo miré la caja de preservativos caída en el suelo.

—Tranquila, yo tampoco estaba pensando mucho.

Su brazo me sujetó con fuerza, un beso intenso y el cansancio me envolvió. Pero no tan tranquilizador como me esperaba, Por más que intentara escapar, el pasado seguía tirando de mí, acercándome a un abismo del que ya no estaba segura de poder salir ilesa.

# Las cenizas

Me encontraba aún en ese estado entre la vigilia y el sueño, cuando los sonidos de la ciudad se mezclaban con los ecos de mis pensamientos. El suave golpeteo de una puerta hizo que abriera los ojos con lentitud, como si no estuviera del todo lista para enfrentar el día. La luz que se filtraba por la ventana apenas iluminaba el cuarto, pero era suficiente para recordarme dónde estaba. Londres. Gabriel. Y una habitación que no era la mía.

Estaba desnuda y apenas tapada.

—¿Despierta? —La voz grave y calmada de Gabriel atravesó el umbral, suave pero firme, como la noche anterior. Era el mismo tono que había usado cuando me acompañó hasta la puerta, cuando me miró con esos ojos que parecían querer entender más de lo que mostraba. Cuando tuvimos el sexo más ardiente de toda mi vida.

—Sí —respondí mientras me estiraba en la cama sintiendo cómo el peso del sueño y el intenso ejercicio sexual aún se aferraba a mis músculos.

No era habitual para mí despertar en una habitación desconocida. Y mucho menos con compañía. Pero Gabriel había sido diferente desde el principio. Había algo en él, en su forma de hablar, de moverse, que lo hacía parecer una figura familiar en un mar de extraños.

—¿Desayunamos? No se tú, pero yo muero de hambre —dijo sentándose a mi lado en la cama y acariciando mi rostro. No sé en qué momento lo había hecho, pero él lucía impecable.

Acepté su invitación casi por inercia, como si el simple hecho de hacerlo me anclara a una normalidad que, en realidad, no sentía.

—Te espero fuera —Gabriel me dio un beso en la frente como simples conocidos.

Mientras me vestía con prisa, aún podía sentir la leve tensión de la noche anterior, como un hilo que no se había roto del todo. Me miré en el espejo, intentando encontrar algo en mi reflejo que no se viera tan agotado. Pero mis ojos, aunque claros, mostraban el cansancio de alguien que llevaba encima una noche intensa de alcohol y sexo. Finalmente, abrí la puerta y allí estaba él, recostado ligeramente contra el marco, con las manos en los bolsillos, como si no tuviera prisa por nada. Su expresión era tranquila, su cabello revuelto de una forma que parecía deliberada. Me dedicó una sonrisa ligera, y de pronto, todo pareció un poco menos extraño.

—¿Huevos revueltos y zumo? —preguntó, como si esto fuera lo más normal del mundo, como si ayer por la noche no hubiera sido la primera vez que nos conocíamos.

—Suena bien —respondí tratando de sonreír de vuelta, aunque por dentro todavía me sentía algo desorientada.

Salimos y la mañana nos recibió con su típica atmósfera londinense: un cielo cubierto de nubes

grises que, lejos de ser deprimentes, le daban a la ciudad un aire nostálgico. La humedad en el aire era palpable, como si la lluvia hubiera pasado hace poco o estuviera por llegar en cualquier momento. El cuerpo me tembló y Gabriel de forma caballeresca me cubrió con su chaqueta. Me subí el cuello y caminamos juntos, el ruido del tráfico y los pasos apresurados de la gente envolviéndonos mientras atravesábamos las estrechas calles nos rodearon.

—Conozco un lugar cerca de aquí, es pequeño, pero tienen un café excelente —dijo Gabriel mientras caminábamos en silencio por un par de cuadras. Su tono era casual, pero había algo en él que parecía querer decir más.

Asentí, dejando que me guiara. Cada paso que daba a su lado se sentía extraño, como si parte de mí aún no pudiera procesar que estaba compartiendo la mañana con alguien que, hasta la noche anterior, había sido un completo desconocido con el que había cometido las intimidades más fuertes de toda mi vida. ¿Qué nos había llevado hasta aquí? La pregunta flotaba en mi mente, pero no se la hice. Quizás porque, en ese momento, la respuesta no importaba. La vergüenza de saber lo que había hecho, en especial, lo que le había hecho, me acaloraba el rostro.

Pronto llegamos a un pequeño café, con mesas de madera oscura y ventanales amplios que dejaban entrar la luz grisácea de la mañana. El aroma a café recién molido y pan horneado se mezclaba con el bullicio suave de las conversaciones matutinas. Era un lugar acogedor, el tipo de café donde la gente viene a refugiarse del ajetreo de la ciudad, a sentarse un rato y simplemente observar el mundo pasar.

Gabriel me sostuvo la puerta y, por un segundo, nuestras miradas se cruzaron. Sus ojos tenían esa calma que tanto me sorprendía, como si no hubiera prisa por nada. Incluso me guiñó un ojo, como si compartiéramos un gran secreto. Me hizo sentir cómoda, o al menos, un poco menos inquieta. Nos sentamos junto a una ventana, desde donde podía ver la calle y la gente que comenzaba su día, ajenos a nuestras historias, a nuestras vidas.

—Así que... ¿llevas mucho tiempo en Londres? —preguntó Gabriel mientras el camarero nos traía el menú.

—Dos años—respondí, consciente de que mi voz sonaba más insegura de lo que quería—. Vine a desconectar.

Gabriel asintió, sin presionar. Me gustaba eso de él. No necesitaba saber más de lo que yo estaba dispuesta a contarle. Era un alivio, en cierto modo, no sentir que tenía que justificar cada paso que daba o cada decisión que tomaba.

El camarero regresó y pedimos. Yo opté por un café con leche, un zumo y unas tostados con mermelada, algo simple, mientras Gabriel pidió un expreso con huevos y pan negro.

—¿Y tú? —le pregunté, curiosa por saber más de él —. ¿Qué haces en Londres?

—Trabajo en una galería —respondió con una sonrisa, como si esa respuesta no cubriera todo lo que había detrás—. Me paso el día rodeado de arte, intentando convencer a la gente de que

compre piezas que probablemente nunca apreciarán del todo. Pero me gusta. Tiene algo... no sé, real.

Lo miré, fascinada por la ligereza con la que hablaba de su vida, como si todo tuviera una simplicidad que yo no podía alcanzar. Envidiaba eso. Mi vida nunca había sido así, ni tan directa, ni tan clara. Siempre había algo más, algo debajo de la superficie que complicaba todo.

El café llegó y tomé un sorbo, dejando que el calor se extendiera por mi cuerpo. Gabriel me miraba de vez en cuando, como si intentara leer lo que no estaba diciendo. Había algo en su mirada que me hacía sentir expuesta, pero no de una manera incómoda. Era como si me estuviera dando espacio para ser quien soy, sin expectativas, sin prisas.

—Me alegra haberte encontrado anoche —dijo de repente, su tono sincero, pero suave.

Lo miré, sorprendida por la declaración, y antes de que pudiera responder, él añadió.

—Londres puede ser una ciudad muy solitaria si no tienes con quién compartirla.

Sentí un nudo en la garganta. No por sus palabras en sí, sino porque había tocado algo dentro de mí que llevaba días intentando ignorar. Estaba sola, sí. Incluso cuando estaba rodeada de gente. Incluso cuando estaba con Gabriel, o cuando huía de mis pensamientos en cualquier ciudad. No importaba cuán lejos fuera, siempre estaba sola. Y en ese momento, supe que no era Londres lo que me hacía sentir así.

—Gracias por el desayuno —dije finalmente, sonriendo de vuelta, aunque por dentro mis pensamientos eran un torbellino.

El resto del desayuno transcurrió en un silencio cómodo, ambos disfrutando de la comida y del momento. Era extraño cómo Gabriel había logrado que me sintiera así, tranquila, incluso con todo lo que estaba ocurriendo en mi cabeza.

Cuando terminamos, él insistió en acompañarme a casa. Salimos del café y el aire fresco de la mañana nos recibió de nuevo. Las nubes aún cubrían el cielo, pero la luz que se filtraba entre ellas hacía que la ciudad pareciera más luminosa, como si el día estuviera por abrirse.

Caminamos en silencio por las calles adoquinadas, y mientras avanzábamos, no pude evitar observar a Gabriel de reojo. Tenía una forma de caminar relajada, como si no hubiera prisa por llegar a ningún lado, y eso me tranquilizaba. Su presencia era ligera, pero firme, como si no necesitara demostrar nada. Era alguien que simplemente estaba, y eso me resultaba más reconfortante de lo que esperaba. Finalmente, llegamos a mi puerta. Me detuve, girándome hacia él con una sonrisa agradecida.

—Gracias por acompañarme —dije, sintiendo que las palabras eran insuficientes para expresar lo que realmente sentía.

—Ha sido un placer —respondió, y por un momento, hubo un pequeño silencio entre nosotros,

cargado de algo que no necesitaba ser dicho.

Nos quedamos allí, uno frente al otro, mientras el mundo seguía su curso a nuestro alrededor. Luego, Gabriel me dedicó una última sonrisa, esa sonrisa que me había acompañado toda la mañana, y comenzó a caminar alejándose lentamente por la calle.
Lo observé mientras se alejaba, sus pasos firmes pero tranquilos, hasta que su figura se perdió entre la multitud. Y entonces, cuando ya no pude verlo más, sentí una extraña mezcla de alivio y vacío. Había disfrutado de su compañía, sí. Pero había algo en mí que no terminaba de encajar. Algo que aún me retenía, que me hacía sentir como si estuviera esperando algo más.

Me quedé allí, inmóvil por un momento, observando la ciudad moverse a mi alrededor, y me di cuenta de que, aunque había encontrado cierta paz en esta mañana, la sombra de Sebastián seguía acechando en mi mente. Y su presencia, aunque distante, seguía siendo imposible de ignorar.

Y aunque en sus ojos veía la promesa de algo real, una sombra que no podía ignorar me mantenía atrapada en el recuerdo de lo prohibido.

—¡Por fin estás aquí! Entra. Me lo tienes que contar ¡todo! —Marie me sujetó de un brazo y me metió dentro de nuestro apartamento —. ¿Entonces que tal folla? ¿Es bueno?

—Yo...

—¿La tiene grande? ¿que tal besa?

Estaba por contestar mientras aceptaba un zumo que Marie me ofrecía mientras no cesaba de habar y se recostaba en nuestro sofá y se cubría con una manta.

—¿Volverán a quedar?

—Yo...

Las contestaciones anteriores se me atragantaron secas en la garganta. Gabriel no me había pedido el teléfono. Él no se interesó por conocerme más que una noche. Acababa de darme cuenta. He de reconocer que esa idea me molestó bastante.

—Creo que no.

—Él se lo pierde.

Marie me lanzó un cojín a la cabeza y le respondí de igual forma. Ambos nos lanzamos a reír y Gabriel paso rápidamente al olvido. Demasiado rápido. ¿Por qué no me pasaba lo mismo con Sebastián?

# Una voz

La lluvia golpeaba contra el ventanal del apartamento, creando una melodía monótona y repetitiva que llenaba el vacío de la habitación. Las gotas se deslizaban lentamente por el cristal, imitando el ritmo lento de mis pensamientos. Llevaba ya un buen rato mirando hacia la calle, donde la gente caminaba bajo paraguas apresurados, con los pies hundidos en charcos y los rostros ocultos por la prisa.

Mi taza de té, fría a estas alturas, descansaba en la mesa de centro, olvidada como el resto de las cosas que había intentado hacer durante la mañana. En realidad, el día no era diferente a los anteriores. Seguía atrapada en el mismo círculo, buscando distraerme, escapar de una realidad que no parecía tener una solución clara. Era una de esas tardes en las que Londres, con su gris perpetuo y su humedad constante, parecía estar de acuerdo con mi estado de ánimo.

El sonido del timbre me sacó de mi ensimismamiento. Me levanté del sofá con el mismo ritmo pausado con el que me había movido todo el día, sin prisa, como si nada fuera urgente.

Al abrir la puerta, allí estaba él. Gabriel, con su chaqueta empapada y su cabello ligeramente desordenado por la lluvia, sonreía como si fuera la cosa más natural del mundo haber aparecido en mi puerta sin previo aviso.

—Londres no es nada si no te invitan a un lugar con calefacción —bromeó mientras sacudía el agua de su chaqueta antes de entrar.

Lo observé por un segundo, sorprendiéndome a mí misma al sonreír.

—Yo... tú... ¿habíamos quedado? —contesté intentando parecer una mujer superada y que no llevaba tres días pensando en él y su no pedida de mi teléfono.

—¿Pensaste que te había olvidado?

Su sonrisa era tan atractiva como imprudente. Osada y sin vergüenza. Se hizo lugar hacia dentro de la casa respondiendo mientras dejaba su chaqueta en el perchero y se dirigía hacia la ventana.

Me quedé en silencio, observando cómo se movía por la sala con una familiaridad inesperada. Había algo en él que, sin ser intrusivo, hacía que todo pareciera natural, como si ya se conociera cada rincón de mi espacio, aunque apenas habíamos pasado unas horas juntos en el pasado.

—He pensado que podríamos ir a la galería —dijo finalmente, girándose hacia mí con una sonrisa. Parecía ajeno a la tensión que aún llevaba conmigo—. No es nada ostentoso, solo estamos montando una exposición nueva, pero pensé que podrías estar interesada. Además, en días como estos, no hay mucho más que hacer, ¿verdad?

La idea de una tarde en una galería de arte, lejos del constante bullicio de mis pensamientos, era tentadora. Podría permitirme alejarme un poco más de la realidad, aunque fuera solo por unas

horas.
—Suena bien —respondí, y aunque mi voz era tranquila, había una pequeña chispa de entusiasmo que no había sentido en mucho tiempo.

—Pues vamos, ese pijama es demasiado sexy y no me controlo. Ve a cambiarte. Te espero —contestó mientras sujetando mis hombros y haciéndome reír empuja de mí hacia el pasillo.

El paseo hacia la galería de Gabriel estuvo marcado por la lluvia constante que caía sobre Londres llenando las calles de un brillo melancólico. Los colores oscuros de la ciudad se reflejaban en los charcos, mientras el cielo permanecía encapotado, como si el sol hubiera decidido no aparecer en absoluto ese día.

La galería estaba ubicada en una calle lateral, discreta pero acogedora, con una fachada de ladrillos oscuros y un cartel apenas visible que anunciaba el nombre. Al entrar, el aire cálido me envolvió de inmediato, junto con el olor a lienzo y barniz, una mezcla extraña pero reconfortante. Las paredes estaban llenas de cuadros aún en proceso de ser colgados, y algunas piezas de arte parecían abandonadas a mitad de su instalación.
Gabriel me guio hasta el centro de la sala, donde una enorme pintura ocupaba toda una pared. Era abstracta, pero de alguna manera, las formas y los colores me resultaban familiares. Había algo en la combinación de tonos apagados que reflejaba el estado de ánimo de la ciudad afuera.

—Este es uno de mis favoritos —dijo Gabriel, rompiendo el silencio mientras se paraba a mi lado—. El artista quiso representar el contraste entre el caos y la calma, aunque a veces parece que ambos conviven al mismo tiempo.

Lo miré, preguntándome si estaba hablando solo del cuadro o de algo más. No dije nada, pero mi mirada se quedó fija en los trazos fuertes y las manchas difusas del lienzo, perdiéndome por un momento en su complejidad.

—A veces, las cosas más hermosas salen del caos —añadió Gabriel, sus palabras apenas en un susurro.

No pude evitar pensar en lo irónico que era aquello. Mi vida, mi mente, todo lo que sentía últimamente, parecía un caos absoluto. Pero ¿acaso algo hermoso podía surgir de eso? ¿Había alguna posibilidad de redención, de encontrar algo que tuviera sentido entre todos esos sentimientos confusos?

—Gracias por traerme aquí —dije finalmente, intentando apartar esos pensamientos—. Lo necesitaba.

—Lo sé —respondió Gabriel suavemente—. Por eso lo hice.

—¿Lo sabías? ¿Y se puede saber cómo?

—Cariño, yo lo sé todo.

Nos quedamos allí, en silencio, observando la pintura mientras el resto del mundo seguía girando fuera de las paredes de la galería. Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que quizás estaba en el lugar correcto, en el momento adecuado.

Después de pasar un rato en la galería, Gabriel sugirió que saliéramos a cenar. Lo dijo como si fuera la cosa más natural del mundo, como si pasar el día juntos fuera parte de una rutina que ya compartíamos. Y, por un momento, casi lo sentí así.

El restaurante al que me llevó estaba escondido en una calle secundaria, un pequeño rincón cálido con luz suave y mesas de madera oscura. El tipo de lugar que te hace sentir como si el mundo exterior no existiera, como si fuera solo un susurro lejano. La lluvia seguía cayendo afuera, pero dentro, el calor y el olor a vino tinto recién servido nos envolvieron al instante.

Gabriel se quitó la chaqueta y colgó la mía junto a la suya. Nos sentamos en una mesa cerca de una ventana grande, desde donde podíamos ver las luces reflejándose en los charcos de la calle. El sonido suave del jazz llenaba el ambiente, y había una tranquilidad en el lugar que, de alguna manera, se coló en mí.

—¿Qué te parece? —preguntó Gabriel, inclinándose hacia adelante, con esa sonrisa que ya comenzaba a reconocer como su marca personal.

—Es perfecto —dije, sintiendo cómo el ambiente me envolvía, relajando mis músculos uno por uno—. Me sorprende que conozcas un sitio tan acogedor.

—Tengo mis secretos —dijo mientras alzaba una ceja y miraba la carta—. Pero ninguno tan interesantes como los tuyos.

Nos miramos por un instante, y sentí un pequeño vuelco en mi estómago. La forma en que me miraba era directa, sin pretensiones, pero con una intensidad que no podía ignorar. Sabía que era un hombre que no daba rodeos, y, sin embargo, había una suavidad en él, una paciencia que me hacía bajar la guardia, aunque no estuviera segura de querer hacerlo.

Cuando el camarero se acercó, Gabriel tomó la iniciativa de pedir el vino. Alzó una ceja en mi dirección, como si me invitara a participar en una broma privada que aún no comprendía del todo.

—Espero que te guste el vino tinto —dijo, inclinándose un poco hacia mí—. Es la especialidad de la casa, o eso dicen.

—Siempre he pensado que el vino sabe mejor cuando te lo venden como "la especialidad de la casa" —bromeé, pero no pude evitar sonreírle de vuelta.

Él se rio, y fue una risa suave, como si todo lo que dijera le pareciera más entretenido de lo que realmente era.

—Exacto —respondió—. Y luego terminamos pidiendo una segunda botella porque no podemos distinguir si de verdad es tan bueno o si es solo la compañía.

Lo miré de reojo, sintiendo esa chispa de coqueteo en el aire.

—Así que crees que eres buena compañía, ¿eh?
—No es que lo crea —respondió, inclinándose un poco más hacia mí, con esa mirada suya que parecía atravesarlo todo—. Estoy bastante seguro.

Un ligero calor subió a mis mejillas, pero intenté no dejarlo notar. Gabriel sabía cómo moverse en el terreno del coqueteo, con la suficiente sutileza para no parecer obvio, pero dejando claro lo que quería.

La botella llegó, y Gabriel sirvió dos copas, haciendo que el sonido del vino cayendo en los vasos rompiera el silencio entre nosotros. Nuestras manos se rozaron brevemente cuando me pasó la copa. El toque fue fugaz, pero sentí un cosquilleo que me sorprendió. Lo miré de reojo, y me encontré con sus ojos, fijos en los míos.

—A veces me pregunto si soy demasiado obvio —dijo en un tono casi reflexivo, sin apartar la mirada.

—¿Obvio en qué sentido? —pregunté, tomando un sorbo de vino para disimular la incomodidad creciente, aunque la verdad es que no quería que apartara los ojos de mí.

—Obvio en que... bueno —hizo una pausa, como si estuviera eligiendo las palabras con cuidado —, en que muero por volver a que pase esto.

—¿Esto? —repetí, como si no supiera a qué se refería, aunque mi corazón empezó a latir un poco más rápido.

—Sí, "esto" —sonrió de lado—. Este tira y afloja que llevamos desde que nos conocimos. Fingimos que es casual, pero los dos sabemos que no lo es.

Sentí que el ambiente se volvía más denso, como si el aire a nuestro alrededor se hubiera cargado de electricidad. Tomé otro sorbo de vino, intentando ganar algo de tiempo antes de responder. No estaba preparada para una conversación tan directa, pero tampoco quería detenerla.

—Es un vino muy bueno —dije, cambiando el tema bruscamente, pero Gabriel no se dejó engañar.

—Ah, claro —sonrió de nuevo—. Cuando se trata de evitar las cosas importantes, siempre es buena idea alabar el vino.

Le lancé una mirada que pretendía ser acusatoria, pero mi sonrisa me traicionó. No podía evitarlo; había algo en su actitud que me relajaba, incluso cuando me incomodaba al mismo tiempo.

Más tarde, mientras compartíamos los platos, la conversación se desvió hacia temas más ligeros, pero la tensión seguía presente, flotando en el aire, como un susurro entre las palabras.

—¿Siempre eres así? —pregunté, mirándolo por encima del borde de mi copa.

—¿Así cómo? —contestó, sus ojos entrecerrándose con curiosidad.

—Tan... no sé. Seguro de ti mismo. Como si siempre tuvieras la respuesta a todo.

—No siempre tengo la respuesta —admitió, aunque una sonrisa jugueteaba en sus labios—. Solo me gusta actuar como si la tuviera. A veces funciona.

Reí suavemente y me apoyé en el respaldo de la silla. Él me observaba con una mezcla de interés y diversión, como si estuviera esperando mi siguiente movimiento.

—Y otras veces, no funciona —dije, desafiándolo con la mirada.

Gabriel se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa, y la distancia entre nosotros se redujo, como si el espacio físico ya no importara tanto.

—¿Y contigo? —preguntó en voz baja—. ¿Funciona?

Su voz era suave, pero cargada de significado, y supe que no estaba hablando solo de la conversación. Me quedé mirándolo un instante más, intentando decidir qué quería responder. La tensión entre nosotros era innegable, pero no estaba segura de hasta dónde quería llevarla.

—Creo que necesitaré más pruebas antes de darte una respuesta definitiva —respondí, intentando mantener el tono ligero, aunque mi corazón latía con fuerza.

Gabriel se echó a reír, una risa suave y contenida que resonó en el pequeño espacio que compartíamos.

—Siempre puedo aceptar un desafío.

El aire afuera estaba frío, pero la calidez del restaurante aún nos envolvía cuando salimos a la calle. Gabriel caminaba junto a mí, más cerca de lo que había estado durante toda la cena, y aunque el viento levantaba su cabello ligeramente, no parecía notarlo. Me miró de reojo, con esa sonrisa ligera que había mantenido durante toda la noche, y me pregunté si él también sentía lo mismo que yo: esa mezcla de expectación y tensión, como si algo estuviera a punto de suceder, pero ninguno de los dos quisiera ser el primero en romper el hechizo.

—No esperaba que la noche fuera tan... —empecé a decir, pero me detuve, incapaz de encontrar la palabra adecuada.

—¿Tan qué? —preguntó, sin apartar la mirada de la calle frente a nosotros.

—No lo sé. —Reí suavemente, sintiendo que el aire se espesaba entre nosotros—. No estaba segura de cómo terminaría.

Él sonrió, una sonrisa que no llegaba a ser completa, pero que iluminaba sus ojos de una manera que me dejó sin aliento.

—Me alegra que no hayas huido —dijo finalmente, su tono bajo y suave.

—¿Huido? —Pregunté con una risa—. ¿Eso creías que haría?
—No habría sido la primera vez que alguien decide no quedarse a descubrir lo que sigue.

Nos detuvimos en la puerta de mi apartamento, y antes de que pudiera abrirla, Gabriel me miró directamente, sus ojos oscuros reflejando la luz suave de las farolas. El mundo a nuestro alrededor se redujo a esa pequeña burbuja en la que solo estábamos él y yo, y por un momento, pensé que no diría nada más. Pero entonces, dio un paso hacia mí, su cuerpo tan cerca que podía sentir el calor irradiando de él a través del abrigo.

—No soy de los que se detienen en lo obvio.

# Caricias

Tomó mi mano, suave pero decididamente, y la llevó hacia sus labios. Fue un gesto sencillo, pero sentí que el aire a mi alrededor cambiaba por completo. El roce de sus labios en mi piel envió una corriente de electricidad por mi brazo, y antes de que pudiera darme cuenta, mi respiración se volvió más superficial.

—No tienes que invitarme a subir si no quieres —dijo suavemente, aunque sus ojos, sus gestos, todo en él parecía invitarme a lo contrario.

Me quedé mirándolo por un segundo, midiendo mis opciones. Sabía lo que podía suceder si lo dejaba entrar. Sabía que esto iba más allá de una simple cena o una conversación ligera. Y, de alguna manera, aunque me aterraba, también lo deseaba.

—Quiero que entres —dije finalmente, mi voz apenas un susurro.

Dije sin admitir que, en el fondo, aún sentía esa sombra, la de un pasado que no podía borrar, la de un hombre que parecía no querer dejarme ir...

Abrí la puerta y Gabriel entró detrás de mí, su presencia llenando el pequeño espacio de mi apartamento de una manera que hizo que todo lo demás pareciera irrelevante. Me quité el abrigo lentamente, consciente de que me estaba mirando, y cuando me giré para mirarlo, ya se había quitado el suyo y lo había colgado junto al mío.
El apartamento estaba en penumbra, iluminado solo por la luz suave de la lámpara junto al sofá. Nos quedamos parados en medio de la sala por un momento, el silencio entre nosotros cargado de todo lo que no habíamos dicho.

Gabriel dio un paso hacia mí, y sin decir nada más, levantó una mano para apartar un mechón de mi cabello que caía sobre mi rostro. El gesto fue lento, deliberado, y su mano permaneció allí por un segundo más de lo necesario, rozando mi mejilla con una suavidad que me hizo cerrar los ojos.

—Sabes, tienes una forma de hacer que todo parezca más... complicado —murmuré, mi voz apenas audible.

Él sonrió, pero esta vez, la sonrisa fue más suave, más íntima.

—No siempre tiene que ser complicado, Luna.

Y entonces, antes de que pudiera responder, se inclinó hacia mí, sus labios rozando los míos de manera casi imperceptible al principio, como si me diera la opción de alejarme si lo deseaba. Pero no lo hice. En lugar de eso, me dejé llevar, cerrando la distancia entre nosotros y permitiendo que el beso se hiciera más profundo, más intenso.
Su mano se deslizó por mi espalda, atrayéndome hacia él, y el calor de su cuerpo contra el mío me hizo olvidar por un momento todo lo demás. El mundo a nuestro alrededor dejó de existir, y

lo único que importaba era el roce de sus labios contra los míos, el latido acelerado de mi corazón, y la manera en que su cuerpo se movía junto al mío, como si todo lo demás fuera un eco lejano.

Me aferré a él, mis manos enredándose en su cabello, y su boca se deslizó por mi cuello, dejando un rastro de besos suaves que hicieron que mi piel se erizara. Sentía que estaba al borde de algo, algo que no sabía si quería detener o dejarme llevar por completo.

—Gabriel... —susurré, intentando decir algo, cualquier cosa, pero mi voz se quebró en el aire.

Él se detuvo, sus labios todavía rozando mi piel, y me miró a los ojos.

—Dime si quieres que pare.

Negué con la cabeza, pero las palabras no llegaron a mis labios. Lo deseaba, eso lo sabía. Y, sin embargo, había algo dentro de mí que me retenía, algo que no podía ignorar por completo.

Nos quedamos así, por lo que parecieron minutos interminables, simplemente respirando juntos, con nuestros cuerpos entrelazados, pero sin cruzar el límite. La calidez de Gabriel me envolvía, y sentía su respiración cerca de mi oído, profunda y tranquila, como si todo el peso del momento aún estuviera suspendido en el aire.
No dije nada, pero no hacía falta. Nuestros cuerpos hablaban por nosotros, y el roce de sus manos en mi espalda me hacía sentir como si cada uno de mis nervios estuviera en alerta, esperando el siguiente movimiento, el siguiente contacto.

Gabriel no se movió de inmediato, pero su mano subió lentamente por mi brazo, rozando mi piel con una suavidad que casi me hizo estremecer. Sentí su aliento cálido en mi cuello, y antes de darme cuenta, había cerrado los ojos, dejando que el momento me arrastrara.

—Luna... —su voz era baja, apenas un susurro, pero el sonido de mi nombre en sus labios me hizo abrir los ojos y mirarlo.

Sus ojos estaban fijos en los míos, llenos de una intensidad que me dejó sin aliento. Me di cuenta de que en algún punto habíamos dejado de fingir que esto era algo casual. Había algo más, algo que ambos sabíamos, pero ninguno había dicho en voz alta.

—Dime si quieres que pare —repitió, aunque su mano ya había comenzado a deslizarse hacia mi cintura, lenta y deliberadamente.

No respondí con palabras. En lugar de eso, lo atraje hacia mí, acortando la distancia que quedaba entre nosotros. Nuestros labios se encontraron de nuevo, pero esta vez, el beso fue más profundo, más cargado de todo lo que no habíamos dicho hasta ahora. Sus manos rodearon mi cintura, y sentí cómo su cuerpo se alineaba con el mío, como si todo lo que había estado contenido hasta ese momento se liberara de golpe.
Mis manos subieron hasta su rostro, enredándose en su cabello mientras el beso se hacía más intenso. Sentía que me perdía en él, en la forma en que su boca se movía contra la mía, en el

calor que irradiaba de su cuerpo.

Sin decir nada, lo guie hacia la habitación, sus manos nunca apartándose de las mías, como si temiera que, si rompíamos el contacto, el momento se desvanecería. La penumbra del apartamento nos envolvía mientras cruzábamos el pequeño pasillo, y cuando llegamos al dormitorio, sentí que todo se ralentizaba. El aire se volvía más denso, más cargado de expectación.

Él me miró de nuevo, buscando una última confirmación en mis ojos antes de dar el siguiente paso. Asentí ligeramente, sin necesidad de palabras. Y entonces, sin vacilar, Gabriel me atrajo hacia él una vez más, pero esta vez con más urgencia. Su boca encontró la mía con una intensidad que me dejó sin aliento, y nuestras manos comenzaron a explorar con más libertad, como si todo lo que habíamos contenido durante esa noche finalmente hubiera encontrado una salida.

Me dejé llevar por la sensación de sus manos en mi piel, el calor de su cuerpo contra el mío. Su beso se volvió más profundo, y sentí cómo todo mi cuerpo respondía al suyo, como si cada fibra de mi ser estuviera alineada con la suya.
Nos movimos hacia la cama, y mientras caíamos sobre las sábanas, sentí cómo el mundo a nuestro alrededor desaparecía por completo. El roce de su piel contra la mía se sentía casi eléctrico, y cada caricia, cada suspiro que compartíamos parecía elevar la temperatura en la habitación. El silencio entre nosotros no era incómodo, sino el preludio de algo más profundo, más íntimo.

Gabriel me miraba con una intensidad que me hizo sentir expuesta, pero no de una manera incómoda. Más bien, era como si, por primera vez, alguien realmente me estuviera viendo. Sentía el calor de su cuerpo irradiar hacia el mío, y la distancia entre nosotros se desvaneció por completo cuando sus labios encontraron los míos de nuevo, esta vez con más hambre, más necesidad.

Su beso era firme, decidido, y sus manos comenzaron a explorar mi cuerpo, deslizándose por mi cintura con una urgencia contenida. No me apresuraba, pero podía sentir en sus gestos una especie de deseo latente, algo que él también intentaba controlar. Mi piel reaccionaba a cada toque, cada caricia, como si mis sentidos estuvieran amplificados.

Me aferré a él, mis manos recorriendo la línea de sus hombros, sintiendo los músculos tensarse bajo mis dedos. Su boca descendió lentamente por mi cuello, dejando un rastro de besos suaves pero intensos, cada uno encendiendo una chispa en mi interior. Sus manos, siempre firmes pero gentiles, se deslizaban por mi espalda, atrayéndome más cerca de él.

—Eres... —comenzó a decir en voz baja, pero dejó la frase sin terminar, sus labios ocupándose de dibujar el resto de sus pensamientos en mi piel.

Cerré los ojos, dejándome llevar, sintiendo cómo el peso del momento se acumulaba a nuestro alrededor, cargado de esa conexión física y emocional que parecía imposible de ignorar. Las sábanas bajo nosotros se arrugaban mientras nos movíamos con una sincronización que parecía

casi natural, como si hubiéramos sabido desde siempre cómo encajar.

Gabriel me guio suavemente, sus manos ahora firmes en mis caderas mientras yo sentía el calor de su cuerpo presionarse contra el mío. Cada toque, cada movimiento, parecía estudiado para prolongar la tensión, para mantenernos en ese borde donde el deseo y el control se mezclaban.

Me dejé caer de espaldas sobre la cama, él encima de mí, apoyado sobre sus antebrazos, sin dejar de mirarme, sus ojos oscuros llenos de una emoción que no podía descifrar del todo, pero que hacía que mi corazón se acelerara. Podía sentir su respiración, pesada y cálida, rozar mi piel.

Sus manos se deslizaron lentamente por mis costados, y cuando se detuvo un momento para mirarme, supe que también sentía lo mismo: que había algo más profundo que simplemente el contacto físico. Era como si, en ese instante, hubiéramos dejado de ser solo dos personas y nos hubiéramos convertido en algo más, algo que no necesitaba palabras para explicarse.

Lo sentí inclinarse hacia mí de nuevo, su boca recorriendo mi cuello, mi clavícula, mientras sus manos seguían explorando cada parte de mí, moviéndose con una mezcla de urgencia y ternura que me hacía sentir como si estuviera al borde de un precipicio, esperando a caer. Cada roce de su piel contra la mía era como una chispa que encendía algo en mi interior, algo que no podía controlar, pero que tampoco quería detener. Mi respiración se volvió más rápida, más superficial, y en algún punto, mis manos se aferraron a las sábanas mientras me perdía en la sensación de él, en la forma en que su cuerpo se movía contra el mío, tan sincronizado, tan natural.

Nos movíamos juntos, en un ritmo que parecía propio, nuestras respiraciones entrelazadas, y cada pequeño gemido, cada susurro en el aire, hacía que todo pareciera más intenso, más real. El cuarto estaba lleno de sombras y luces suaves que se colaban por las cortinas, pero lo único que importaba era el calor que compartíamos, esa tensión que crecía con cada segundo.

Sentía el peso de su cuerpo contra el mío, pero también la ligereza del momento, como si todo lo que importaba en ese instante fuera el contacto entre nosotros. Mi piel se erizaba cada vez que él me tocaba, cada vez que sus labios rozaban los míos, y me di cuenta de que no había nada que pudiera detener esto, ni siquiera la pequeña parte de mi mente que aún se aferraba a los fantasmas del pasado.

Los minutos se extendieron, y el calor entre nosotros aumentaba con cada movimiento, cada susurro compartido en la penumbra de la habitación. No necesitábamos palabras para entender lo que estaba sucediendo; nuestros cuerpos hablaban por nosotros, diciéndose todo lo que nuestras bocas no se atrevían a pronunciar.

Sonreí cuando se bajó sobre mí, su piel tocando la mía. Envió escalofríos por todo mi cuerpo. Besó y lamió cada centímetro de mi cuerpo. Yo hice lo mismo con su polla a cambio. Cuando se endureció, alojó su polla dentro de mi coño cálido, jugoso y húmedo. Inmediatamente comenzó a embestir fuerte y pesadamente. Mis gemidos se hicieron más fuertes hasta que se convirtieron en gritos. Fue más duro y rápido, gimiendo en sincronía conmigo. Antes de que ninguno de los dos hubiera alcanzado el orgasmo, se retiró.

Luego me dio la vuelta y me hizo una cuchara. Una vez más insertó su polla en mi coño empapado y comenzó a embestir. Con cada embestida, mi orgasmo aumentó. Frotó mi clítoris mientras seguía rellenando mi coño por detrás. Tuve un orgasmo y mis jugos se derramaron por todas las sábanas. Él siguió y pronto alcanzó el orgasmo.

Finalmente, cuando nuestros movimientos comenzaron a desacelerarse, me dejé caer de espaldas, mi pecho subiendo y bajando al compás de mi respiración entrecortada. Gabriel se inclinó sobre mí, dejando un último beso suave en mis labios antes de dejarse caer a mi lado, su brazo rodeando mi cintura y atrayéndome hacia él.
Nos quedamos en silencio, nuestras respiraciones volviendo lentamente a la normalidad mientras el mundo a nuestro alrededor comenzaba a volver a la realidad. La noche seguía siendo nuestra, pero el momento de quietud entre nosotros se sentía más poderoso que cualquier otra cosa.

Me acurruqué contra él, sintiendo su brazo firme a mi alrededor, y aunque sabía que este momento no podía durar para siempre, me permití disfrutarlo por completo, sin pensar en lo que vendría después. No había dudas, no había preguntas. Solo estábamos él y yo, envueltos en el calor de nuestros cuerpos y el peso de todo lo que habíamos compartido.

# Sonidos del pasado

Desperté envuelta en el calor de los brazos de Gabriel. La luz tenue que se filtraba a través de las cortinas suavizaba los bordes de la habitación, dándole un aire casi irreal. Todo se sentía tranquilo, como si por primera vez en mucho tiempo el mundo estuviera en pausa. Su respiración tranquila me indicaba que aún estaba dormido, su pecho subiendo y bajando lentamente bajo mi mano.

Lo observé por un momento, permitiéndome el lujo de estar allí, en silencio, disfrutando de la calma que su presencia me ofrecía. Pero esa calma también traía consigo un torbellino de pensamientos. La noche anterior había sido... intensa. Más de lo que esperaba. Y ahora, aquí estaba, despertando al lado de un hombre que apenas conocía. No podía evitar preguntarme qué venía después.
De repente, el sonido de la puerta del apartamento abriéndose de golpe rompió la tranquilidad.

—¡Buenos días, dormilona! —La voz de Marie resonó por el pasillo, seguida del ruido de bolsas de papel—. ¡He traído café y croissants!

Me levanté de un salto, intentando no mover demasiado a Gabriel, que todavía parecía ajeno a la situación. Marie entró en la sala, hablando sin parar, completamente inconsciente de que no estaba sola.

—No vas a creer la cola que tuve que hacer para conseguir estos malditos croissants... —continuó mientras se adentraba más, dejando caer las bolsas sobre la mesa de centro—. ¡Te juro que la próxima vez te mando a ti!

Finalmente, se giró hacia la habitación, con la puerta abierta, y se congeló. Sus ojos se abrieron de par en par al ver a Gabriel estirándose lentamente bajo las sábanas.

—Oh, Dios mío —dijo con una mezcla de sorpresa y diversión—. ¿Me he perdido algo? Oh, sí. Me he perdido ¡muchísimo! —preguntó con una sonrisa pícara, cruzándose de brazos.

Intenté disimular mi incomodidad mientras Gabriel, aún medio dormido, soltó una risa suave y se incorporó despacio, y sin timidez, con una calma que contrastaba con la sorpresa de Marie.
—Buenos días —dijo con esa voz ronca de recién despierto, como si todo fuera lo más natural del mundo mientras de ponía en pie desnudo y yo cerraba la puerta para que Marie pudiera dejar de sonreír como boba. Yo, por otro lado, no estaba tan relajada.

—Marie... —comencé, intentando mantener la compostura—. Aunque tengas llaves... ¿podrías, no sé, tocar antes de entrar? —Intenté que mi tono sonara ligero, pero estaba claro que me sentía expuesta.

Marie levantó las manos en señal de disculpa, pero su sonrisa traviesa no desapareció.

—Oh, por favor, Luna, no me hagas responsable por esto. No sabía que tendría audiencia esta

mañana —respondió, acercándose a la mesa para sacar los croissants—. Y si lo hubiera sabido, habría traído más café.

Intenté no rodar los ojos, pero antes de que pudiera responder, Marie lanzó una bomba.

—No te lo dijo, ¿verdad? —preguntó, mirando a Gabriel que aparecía con pantalones y descalzo mientras le entregaba una taza de café que había sacado de las bolsas. Al ver mi expresión de desconcierto, continuó—. Gabriel te vio antes de la fiesta.

—¿Qué? —Mi tono salió más agudo de lo que pretendía. Giré la cabeza hacia Gabriel, que se ajustaba la camiseta con una calma que contrastaba con el caos en mi mente.

—¿Es cierto? —pregunté, cruzando los brazos mientras lo miraba. La confusión y la irritación crecían en mi interior. ¿Había sido todo esto una especie de emboscada?

Gabriel esbozó una pequeña sonrisa, como si el asunto no fuera tan grave.

—Sí, es cierto —dijo tranquilamente mientras se acercaba a la mesa y cogía un croissant—. Te vi antes. Una tarde que salías con Marie. Ibas distraída, ni siquiera te diste cuenta de que estaba allí. Pero... —hizo una pausa, mirándome con esos ojos que parecían ver más de lo que yo quería —, no podía dejar de mirarte.

Una mezcla de emociones me recorrió el cuerpo. Por un lado, me sentí halagada por su confesión, pero por otro, el hecho de que todo hubiera sido planeado sin mi conocimiento me incomodaba. Crucé los brazos, intentando mantener mi compostura, aunque mi mente estaba en una pequeña guerra interna.

—Así que... —dije lentamente, buscando las palabras adecuadas—, todo esto fue planeado. Pediste a Marie que me llevara a esa fiesta sin siquiera preguntarme, y yo... —me detuve, sacudiendo la cabeza, luchando por no sonreír ante la ironía—. Yo ni siquiera sabía que existías.

Gabriel dejó el croissant sobre la mesa y se acercó a mí, sus ojos fijos en los míos.

—No fue exactamente así —comenzó—. Quería conocerte, sí. Pero no quería hacerlo de una manera que te incomodara. Pensé que sería más fácil... menos raro, si simplemente te encontrabas conmigo de forma natural. Y funcionó, ¿no?

Mi mirada se suavizó, aunque todavía sentía un pequeño nudo de irritación en el estómago. Claro, había algo romántico en todo esto, pero también había una parte de mí que no podía evitar sentirse manipulada, aunque fuera con buenas intenciones.

—Podrías haberme preguntado —respondí en un tono más suave, pero firme. No iba a dejar que se saliera tan fácilmente con la suya.

Marie, en ese momento, decidió intervenir, probablemente viendo que la tensión aumentaba.

—Oh, vamos, Luna. Si te lo hubiera dicho antes, ¿habrías aceptado ir? —preguntó, levantando las cejas en desafío.

Me quedé callada, porque la respuesta era obvia. Probablemente no. Eso no quitaba el hecho de que se sentía... extraño.

—Quizás no —admití finalmente, girando mi cabeza para ver a Gabriel—, pero aún así...

Gabriel sonrió, esa sonrisa encantadora que parecía desarmar todas mis defensas.

—Lo sé —admitió—. Fue arriesgado, lo reconozco. Pero no me arrepiento. —Se acercó un poco más, colocando una mano suave en mi brazo—. Si no lo hubiera hecho, tal vez no estaríamos aquí ahora.

La sensación de su toque envió un pequeño escalofrío por mi piel. No pude evitar relajarme un poco ante su gesto. Tenía razón, aunque no quisiera admitirlo en voz alta.

—De acuerdo, pero no te creas que te lo pondré tan fácil —respondí finalmente, dándole una sonrisa juguetona mientras soltaba una pequeña risa.

Marie dejó escapar una carcajada mientras nos miraba.

—Bueno, al menos la tensión sexual en esta habitación es palpable. ¿Debería haber traído una botella de champán en lugar de café?

Marie dio una vuelta por la habitación, como si estuviera inspeccionando su obra maestra. Gabriel ya estaba completamente vestido, pero no parecía tener prisa por irse, mientras que yo aún estaba procesando lo que acababa de confesarme. Esa mezcla de enojo y halago seguía luchando en mi interior, pero el tono despreocupado de Gabriel y el humor de Marie estaban suavizando las cosas.

—Bueno, ¿qué pasa con el desayuno? ¿Compartimos café? —dijo guiñándome un ojo.

—Si es que soy la mejor amiga del mundo —dijo Marie, sonriendo con autosuficiencia mientras tomaba un sorbo de su café—. Aunque viendo cómo han salido las cosas, parece que ya no me necesitas tanto.

Le lancé una mirada entre divertida y exasperada mientras me acercaba para a la cafetera para hacer un tercer expreso.

—Sigues debiéndome una disculpa por la “encerrona” —dije, aunque el tono era más juguetón que severo. No podía evitarlo, Gabriel me miraba desde el otro lado de la mesa con una sonrisa que casi me desarmaba. Casi.

—Oh, claro, claro —respondió Marie, agitando la mano en el aire—. Ya sabes que, si no hubiera sido por mí, seguirías aquí sentada, lamentándote por tu vida aburrida. Así que de nada.

Gabriel soltó una risa baja mientras se apoyaba en la silla, su mirada fija en la mía. Aunque el ambiente se sentía más relajado, había algo en su forma de mirarme que mantenía esa tensión que había nacido la noche anterior.
Marie seguía hablando, pero mis pensamientos volvían a Gabriel. ¿Cómo no me había dado cuenta de su interés desde antes? Pensé en ese día, caminando por Covent Garden con Marie, distraída entre la multitud. Recordaba vagamente haber cruzado la calle, pero nunca noté a nadie mirándome. Ahora, ese momento se sentía como un pequeño secreto que él había guardado para sí.

—¿En qué piensas? —la voz de Gabriel me sacó de mis pensamientos. Su tono era suave, pero había algo inquisitivo en sus ojos.

Lo miré, tomando un sorbo de café para darme tiempo de responder.

—En que todo esto es un poco... extraño. —Lo dije con sinceridad, dejando que mi voz reflejara la mezcla de emociones que aún no terminaba de procesar—. Es decir, no sabía que ya habías pensado en conocerme. Me siento un poco... atrapada.

Gabriel asintió lentamente, como si comprendiera perfectamente lo que estaba diciendo.

—Lo entiendo —respondió—. No fue mi intención hacerte sentir así. Solo... quería una oportunidad para hablar contigo sin que pareciera forzado.

Hizo una pausa, observándome con una intensidad que me resultaba difícil de ignorar.

—Pero no pensé que te sentirías atrapada —añadió, con un toque de preocupación en su tono.

Suspiré, dejando la taza de café sobre la mesa.

—No es que me sienta atrapada. Es solo que... me habría gustado tener la opción de elegir —dije, esta vez sin mirarlo directamente—. Pero también entiendo por qué lo hiciste.

Él no dijo nada por un momento, solo se levantó de la silla y rodeó la mesa, acercándose lentamente. Sentí cómo el espacio entre nosotros se reducía, cómo su presencia llenaba cada rincón de la habitación.

—Luna... —susurró, deteniéndose justo frente a mí, su mano acariciando suavemente mi brazo —. Si quieres que me vaya, lo haré. Solo dime y...

No pude evitar sentirme triste. Sabía que no quería que se fuera. Y él también lo sabía.

—No quiero que te vayas.

Gabriel, sin decir nada más, dejó un suave beso en mi frente. Ese simple gesto fue suficiente para borrar cualquier rastro de molestia que aún pudiera quedarme. Había algo en él, en su manera de

moverse y hablar, que me desarmaba completamente. Como si todo el peso que llevaba en mi pecho desapareciera por un momento cuando él estaba cerca.

Marie, que había permanecido en silencio durante todo este intercambio, finalmente se levantó de la silla y lanzó una mirada significativa a Gabriel.

—Bueno, bueno, bueno. Creo que este es momento de irme —dijo, con una sonrisa divertida mientras recogía su bolso—. Pero no os preocupéis, estoy segura de que esto no es lo último que escucharé sobre vosotros dos.

Me reí suavemente mientras Marie se dirigía a la puerta, pero antes de que pudiera salir, me lanzó una última mirada inquisitiva.

—Y tú —dijo, señalándome con el dedo—, no te olvides de contarme todos los detalles más tarde. Sabes dónde encontrarme.

Con un último guiño, cerró la puerta detrás de ella, dejando a Gabriel y a mí en un silencio repentino. Nos miramos durante unos segundos, como si estuviéramos sopesando todo lo que acababa de pasar. La atmósfera era diferente ahora, más tranquila pero todavía cargada de esa tensión no resuelta que flotaba en el aire.

—Creo que deberíamos repetirlo esta noche... —susurró Gabriel mientras se inclinaba para besarme, sus labios apenas rozando los míos.

Sentí el calor de su aliento en mi piel, el roce suave de sus manos recorriendo lentamente mis brazos. Me estremecí ante el suave contacto, incapaz de ocultar la sonrisa que apareció en mi rostro. Era como si el mundo se detuviera en ese instante, como si nada más importara. Pero entonces, Gabriel se apartó ligeramente, manteniendo nuestras frentes juntas, su mirada clavada en la mía. Sus dedos rozaron mi mejilla con suavidad, como si quisiera asegurarse de que el momento fuera tan real para mí como lo era para él.

—Luna... —susurró mi nombre con un tono más serio, su voz profunda y cargada de algo que no pude identificar de inmediato—. No quiero presionarte. —Sus ojos, intensos y sinceros, me miraban como si quisiera llegar más allá de las palabras—. Quiero que tengamos algo real... si tú lo quieres. Si no, me iré ahora y lo dejaremos aquí. Pero si decides que quieres... más, me quedo. Lo que tú decidas. —Su mano ahora bajaba hasta mi cintura, pero su contacto era más de apoyo que de deseo.

Sentí un nudo en la garganta, una mezcla de emociones que me resultaba difícil de procesar. La noche anterior había sido una explosión de emociones, una mezcla de pasión y vulnerabilidad, pero ahora Gabriel me estaba dejando la decisión en mis manos. Y eso, de alguna manera, me hacía sentir más en control, más consciente de lo que realmente quería. Lo miré, sin apartar mis ojos de los suyos. Mi corazón latía rápido, pero mis pensamientos eran claros. No quería que se fuera. Quería sentir esa calma que solo él parecía ofrecerme, ese pequeño respiro en medio de todo el caos que era mi vida en ese momento.

—Quiero que te quedes —dije finalmente, mi voz suave pero segura. La decisión se sintió como un peso que dejaba caer al suelo.

Gabriel sonrió, una sonrisa genuina y cálida que hizo que mi pecho se apretara un poco más.

—Entonces, empecemos de nuevo —murmuró mientras sus manos se deslizaban lentamente por mis brazos, hasta llegar a mi cintura.

—Me llamo Gabriel. Y quiero hacerte el amor.

—Me llamo Luna, y quiero estar entre tus brazos.

Sus labios se acercaron de nuevo a los míos, pero esta vez no hubo duda ni titubeos. El beso fue profundo, lento, lleno de promesas no dichas.

Nos movimos hacia el sofá, las caricias se volvieron más intensas, pero seguían manteniendo una delicadeza que hacía que todo pareciera aún más íntimo. Sentí el calor de sus manos en mi espalda, sus dedos trazando líneas invisibles por mi piel, como si quisiera memorizar cada rincón de mi cuerpo. Mis manos respondían, recorriendo su pecho, subiendo por su cuello, tirando suavemente de su cabello.

El mundo se reducía a nosotros dos, y el tiempo parecía detenerse... hasta que el sonido agudo de mi teléfono irrumpió sin aviso, como un recordatorio brutal de la realidad.

Al principio, lo ignoré. Seguí besándolo, intentando concentrarme en el momento, en la forma en que su cuerpo respondía al mío. Pero el sonido insistente no paraba. De nuevo el teléfono. Me aparté ligeramente, mis labios aún rozando los de Gabriel, mientras sentía el latido acelerado de mi corazón.

—Déjalo sonar —murmuró Gabriel, su voz baja y grave, intentando llevarme de vuelta al momento.

Quería hacerle caso, quería quedarme en esa burbuja un poco más. Pero algo en mi interior se removía. El teléfono seguía sonando, cada vibración en la mesa de café parecía más fuerte que la anterior, rompiendo el ambiente de intimidad que habíamos creado. Me giré y vi el nombre en la pantalla: Sebastián.

Mi pecho se apretó, un nudo se formó en mi estómago de inmediato. Lo miré, con el dedo temblando ligeramente sobre la pantalla del teléfono. No quería contestar. No quería dejar que el fantasma de Sebastián invadiera este momento. Quería quedarme aquí, con Gabriel, sin complicaciones. Pero el teléfono no paraba de sonar. Gabriel, que había estado observando mis reacciones, frunció ligeramente el ceño.

—¿Quién es? —preguntó, con una suavidad que indicaba que ya intuía que era importante. Su mano se posó suavemente sobre la mía, como si me diera permiso para enfrentar lo que venía, incluso si no quería.

No respondí de inmediato. Mi mente estaba en otra parte, en otro tiempo, atrapada entre lo que estaba sintiendo con Gabriel y lo que significaba Sebastián. Una llamada que nunca hacía. Él se limitaba a ingresar dinero en mis cuentas. Nunca una palabra. Nunca una llamada...

—Es... —comencé, mi voz vacilante. Tragué saliva y volví a mirar la pantalla—. Es Sebastián.

—¿Y Sebastián es...?

—El marido de mi madre —contesté evitando decir más.

El teléfono seguía sonando.

—Contesta —murmuró Gabriel, su tono suave pero firme—. Sea lo que sea, es mejor enfrentarlo.

Mis dedos temblaban ligeramente cuando descolgué la llamada. Llevé el teléfono a mi oído, mientras Gabriel permanecía cerca, sin apartarse, pero respetando mi espacio. Podía sentir su mirada sobre mí, llena de preguntas sin formular. El peso de la tensión llenaba el aire entre nosotros.

El teléfono en mis manos se movía inquieto. Sebastián, el nombre que por fin creí dejar atrás, ahora resonaba de nuevo. Pero ¿acaso regresar significaba perder la paz que Londres me había ofrecido? ¿Estaba lista para enfrentar lo que dejé atrás… y todo lo que aquello podría significar?

—Sebastián... —susurré, mi voz apenas audible, como si el mero hecho de pronunciar su nombre trajera consigo un torrente de emociones que no estaba preparada para enfrentar.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea, solo un segundo, pero lo suficiente para que la incomodidad se filtrara en el espacio vacío entre sus palabras y las mías. El simple sonido de su respiración me resultaba dolorosamente familiar, como una presencia que nunca se había ido del todo, una sombra que me seguía incluso a kilómetros de distancia.

—Luna —dijo finalmente, su tono bajo, grave, cargado de una seriedad que no podía ignorar—. Necesitas volver.

Un nudo se formó en mi estómago. La forma en que lo dijo, la urgencia oculta en su voz me puso en alerta inmediata. No era el tono habitual de Sebastián, tan frío, tan calculador. No era una sugerencia, no era una petición; era una orden disfrazada de algo más suave. Me mordí el labio, tratando de procesar lo que estaba diciendo, pero negándome a ceder sin más.

—¿Volver? —mi voz salió más fuerte de lo que esperaba, la sorpresa mezclada con una irritación que no pude contener—. ¿Por qué?

Hubo otro silencio. Un silencio que habló más que cualquier palabra que pudiera haber dicho. Lo conocía lo suficiente como para saber que estaba conteniendo algo, algo que no quería decirme.

Y eso me molestaba más que cualquier otra cosa.

—Sebastián, ¿por qué? —insistí, mi tono más firme ahora, dejando claro que no me conformaría con respuestas vagas.

Pude escuchar su exhalación lenta al otro lado de la línea, como si estuviera tratando de ganar tiempo, de encontrar la forma correcta de decirme lo que fuera que estaba ocultando. Pero yo no estaba dispuesta a jugar a ese juego. No esta vez.

—No es algo que podamos discutir por teléfono —dijo finalmente, su voz más controlada, como si intentara mantener el control de la situación. Ese tono autoritario, esa forma de intentar manejarme sin decirme todo... me enfurecía.

Gabriel notó mi tensión, sus ojos preocupados mientras yo me apartaba ligeramente de él, alejándome para concentrarme en la llamada.

—¿Qué ocurre, Sebastián? —Mi pregunta salió más cortante de lo que pretendía, pero no podía evitarlo. Todo en su forma de hablar me hacía sentir como si estuviera ocultándome algo importante.

Otro silencio incómodo. Ese silencio que solía utilizar para mantener el control de la conversación, pero esta vez, no iba a permitírselo.

—Luna, solo... vuelve a casa. Es importante. —Su tono era más bajo, pero no podía pasar por alto la carga emocional oculta bajo la aparente calma. Estaba desesperado por que volviera, y eso solo aumentó mi inquietud.

Mi rebeldía se disparó, como siempre lo hacía cuando Sebastián intentaba darme órdenes. Mi pecho se hinchó con una mezcla de frustración y angustia, y aunque sabía que algo estaba mal, me negaba a ceder sin obtener respuestas claras.

—No.

La palabra salió de mi boca antes de que pudiera detenerla. Una palabra simple, pero cargada de una decisión que no estaba dispuesta a cambiar. Sentí el peso de sus palabras antes de que siquiera las pronunciara. La forma en que exhaló, como si supiera que no iba a poder mantener el control por mucho más tiempo.

—Luna... no me hagas esto más difícil. Necesitas volver.

La insistencia en su voz comenzaba a desmoronarse, pero todavía mantenía esa fachada de serenidad. Esa parte de él que siempre intentaba protegerme de todo, incluso cuando yo no quería ser protegida. Mi frustración explotó. No podía soportar la forma en que estaba tratando de controlarlo todo, como si yo fuera una niña incapaz de manejar la verdad.

—¿Difícil para quién, Sebastián? —escupí las palabras, mi corazón latiendo rápidamente en mi

pecho—. ¿Por qué no puedes decirme qué está pasando? No pienso ir a ninguna parte hasta que me expliques. Tú no eres nadie. No me das órdenes.

Un largo suspiro al otro lado de la línea, como si finalmente hubiera entendido que no tenía más opción. Su silencio, esta vez, ya no era una táctica, sino una rendición.

—Tu madre... —dijo finalmente, su voz apenas un susurro, tan suave que casi no pude escucharlo —el nudo en mi estómago se apretó más.
—¿Mi madre qué? —dije, sin poder procesar del todo el peso de sus palabras.

—Luna, tu madre... ha muerto.

El aire se fue de mis pulmones de golpe, como si alguien hubiera tirado de una cuerda invisible y me hubiera arrancado todo el oxígeno de golpe. El teléfono casi se me cayó de las manos mientras trataba de procesar lo que acababa de decir.
No podía ser cierto. No podía ser verdad. Mi madre, tan fuerte, tan... inquebrantable. La idea de que ella no estuviera más aquí, que su voz se hubiera apagado para siempre, era algo que mi mente no podía aceptar.

—No... no... —murmuré, más para mí que para él —. Es mentira.

Gabriel se dio cuenta de inmediato de que algo estaba mal. Lo vi acercarse, pero mi cuerpo no respondía. Me sentía paralizada, atrapada en ese momento, en esas palabras que acababan de romper mi mundo en pedazos.

—Luna, escúchame... —Sebastián seguía hablando, su tono ahora suave, casi consolador—. Lo siento. No quería decírtelo de esta manera. Solo... necesito que vuelvas a casa.

Las lágrimas empezaron a acumularse en mis ojos, nublando mi visión. Mi mente estaba en caos, intentando comprender lo incomprensible.

—¿Cómo...? —fue todo lo que pude preguntar. Mi voz era apenas un susurro, rota y cargada de incredulidad.

—Sabes que estaba enferma... —Su voz se apagó momentáneamente—. Empeoró más rápido de lo que esperábamos.

No podía escuchar más. Mis manos comenzaron a temblar y sentí que el teléfono se me escapaba de las manos. Gabriel, con una rapidez inesperada, lo atrapó antes de que cayera al suelo. Me envolvió con sus brazos, pero ni siquiera su calor pudo atravesar la frialdad que sentía dentro.

—No... no puede ser... —murmuré, sintiendo cómo todo a mi alrededor se desmoronaba.

La realidad me golpeaba una y otra vez, como una ola imparable. Mi madre... la única persona que, a pesar de nuestras diferencias, siempre había estado allí, fuerte, inquebrantable, ahora se había ido. Sebastián seguía hablando, pero sus palabras se perdían en el eco de mi mente. Todo

se sentía lejano, como si estuviera flotando en otra realidad, una donde nada de esto podía ser cierto.

—Lo siento, Luna. Lo siento mucho. —La voz de Sebastián era tan suave ahora, casi rota por el peso de lo que acababa de decirme.

Pero las disculpas no podían cambiar nada.

Me apoyé en el pecho de Gabriel, mis piernas fallando bajo mí, y dejé que las lágrimas cayeran. Sentí su mano en mi espalda, moviéndose en suaves círculos, intentando consolarme, pero sabía que este era un dolor que ni siquiera él podría aliviar.

—Tienes que volver —fue lo último que escuché de Sebastián antes de que Gabriel apagara el teléfono por mí.



# *Próximamente...*

Luna se derrumbó en el pecho de Gabriel, sus lágrimas silenciosas, su respiración entrecortada. Él la sostuvo con fuerza, sin palabras, solo el calor de sus brazos intentando ofrecerle un consuelo que, en el fondo, sabía que no era suficiente. Nada lo sería. No cuando la pérdida era tan inmensa, tan repentina.

Pero incluso en los brazos de Gabriel, un rincón oscuro de su mente ya sabía la verdad: este momento de calma no podría durar. Pronto, tendría que regresar. Pronto, tendría que enfrentarlo.

El peso del pasado cayó sobre ella con la misma fuerza que el dolor. Volver a casa no significaba simplemente despedirse de su madre. No, era mucho más que eso. Significaba enfrentar todo lo que había dejado atrás, todo lo que había huido al venir a Londres. Significaba enfrentarse a Sebastián. Y, más importante aún, enfrentarse a sí misma.

Había un abismo esperando en ese regreso. Lo sentía en lo más profundo de su ser, ese vacío que la aguardaba, lleno de secretos, de decisiones no tomadas, de sentimientos nunca resueltos. Un regreso que removería todo lo que intentaba olvidar, todo lo que, por más que hubiera querido, nunca había dejado atrás del todo.

Pero lo que no sabía era que este regreso la cambiaría para siempre.